

Índice

Vida espiritual

- 2 Carta del 1 de enero de 2010
A todas las Hijas de la Caridad
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 5 Conferencia del 1 de enero de 2010 (Casa Madre)
Padre Grégory Gay, Superior general
- 10 Carta del 2 de febrero 2010
A todas las Hijas de la Caridad
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 21 Carta del 15 de febrero de 2010
A todas las Hijas de la Caridad
Sor Evelyne Franc, Superiora general
- 23 Cuaresma 2010
Padre Grégory Gay, Superior general
- 28 La internacionalidad de la Compañía
Padre Javier Álvarez, Director general

Desafíos actuales

Hoy, con los Fundadores

- 38 Hoy con los Fundadores
- 40 Provincia de Madagascar
“Proyecto de reconstrucción de pozos e impluvios en la región semidesértica al sur de Madagascar” Sor Madeleine Haovaso, Hija de la Caridad

Actualidad de las Provincias

Testimonio de las Hermanas

- 48 Provincia de Tailandia
“Celebración del 40 aniversario de la presencia de las Hijas de la Caridad en Tailandia”
Sor Eloisa Nades, Hija de la Caridad
- 51 Provincia de Cracovia
“Celebración de los 150 años de existencia de la Casa Provincia de las Hijas de la Caridad de Cracovia”
Sor Anna Brzek, Hija de la Caridad
- 53 – Provincia de Cracovia
“Entrega de la Cruz del Comendador del Orden del Renacimiento a Sor Zofia Izabela Luszczkieicz”
Sor Anna Brzek, Hija de la Caridad

- 56 Provincia de Austria
“Apertura del año jubilar”
La Comunidad de formación
- 58 Casa-Madre
Encuentro DREAM: “Soñemos”
Sor Catherine Mulligan, Hija de la Caridad

Historia de la Compañía

Preparación del año jubilar del 350 aniversario de la muerte de los Fundadores

- 61 Santa Luisa de Marillac
Siglo XX: Historia, memoria, meditación (continuación)
Sor Claire Herrmann, Hija de la Caridad
- 71 Dirección y formación en la Compañía
Padre Benito Martínez, cm

Carta del 1 de enero de 2010

Queridas Hermanas,

En una carta ingeniosa, fechada entre 1636 y 1639, san Vicente concluía así sus consejos a santa Luisa que acababa de hacer un retiro: *“Le deseo un corazón totalmente lleno del de Nuestro Señor”* (Sig. I, p. 549).

Con gozo hago mía esta expresión para desearles de todo corazón un feliz y santo año. Todas hemos tenido la oportunidad de vivir últimamente un retiro comunitario con ocasión del fin de año. Un deseo para el año 2010 es que tengamos un *corazón lleno del de Nuestro Señor* y que mantengamos, con la ayuda de Dios, las resoluciones que hemos tomado en el ambiente de acción de gracias y de reconciliación de esta jornada de retiro. San Vicente efectivamente, nos dice que las resoluciones constituyen *“la parte principal de la oración”* (Sig. XI-4, 781).

Quisiera agradecerles las felicitaciones que me han dirigido; sus mensajes me llegan, desde hace varias semanas, asegurándome sus oraciones y describiendo sus comunidades y servicios, sus gozos y sus penas. Todos los he leído con atención y emoción. Gracias por estas comunicaciones que enriquecen mi oración y me hacen dar gracias a Dios por la Compañía, donde se viven tantas maravillas entre nosotras y para los pobres. Así, algunas me cuentan cómo juntas buscan de modo inventivo los medios para disminuir los efectos de la crisis económica en los pobres; otras describen lo mucho que les han gustado los intercambios realizados por sus Visitadoras y Delegadas acerca de la Asamblea general.

Este año 2010, ¿qué será para el mundo, la Iglesia y la Compañía? La sociedad civil ha elegido varios temas interesantes para el año que hoy comienza. Para la ONU, es a la vez el año internacional de la diversidad biológica para animarnos a salvaguardar la diversidad de la vida sobre la tierra y el año internacional de acercamiento de las culturas. En Europa, se inicia el año de la lucha contra la pobreza y la exclusión social.

Nuestro Santo Padre Benedicto XVI, en su mensaje del 1 de enero titulado: *“Si quieres la paz, protege la creación”*, nos ofrece algunas frases contundentes: *“La humanidad necesita una profunda renovación cultural; necesita redescubrir esos valores que constituyen el fundamento sólido sobre el cual construir un futuro mejor para todos. Las situaciones de crisis por las que está actualmente atravesando –ya sean de carácter económico, alimentario, ambiental o social– son también, en el fondo, crisis morales relacionadas entre sí. Éstas obligan a replantear el camino común de los hombres. Obligan, en particular, a un modo de vivir caracterizado por la sobriedad y la solidaridad”* (n° 5).

Los tres temas ofrecidos por la sociedad civil y el mensaje del Santo Padre conectan bien con nuestro carisma y nos ofrecen caminos de servicio, colaboración y evangelización. Los encontramos en nuestro Documento Inter-Asambleas del que cito una llamada:

**Adoptar, en una sociedad de consumo, un estilo de vida sencillo, equilibrado, en armonía con el medio ambiente.*

Y dos respuestas:

** Opciones concretas para vivir un estilo de vida sencillo y una mayor proximidad con los pobres.*

** Acciones coherentes para la protección de los recursos de la tierra y la defensa del medio ambiente.*

Al comparar estos textos, descubro para la Compañía en 2010, una invitación a recuperar *una manera de vivir basada en la sobriedad y la solidaridad*, que se desprende de la primera bienaventuranza. Lo que

Dios aprecia de los pobres, es su gran disponibilidad para creer y confiar en El. Lo que Dios aprecia de los pobres, no es tanto lo que tienen, sino lo que no tienen, es decir la autosuficiencia. Recordemos esta exclamación de San Vicente: “*Hijas mías, si sois verdaderamente pobres, sois también verdaderamente ricas, ya que Dios es vuestro todo*” (Sig, IX-1, 99). Y esta reflexión de santa Luisa a Sor Luisa Cristina : “...*porque bien sé que no quiere usted atesorar, por la gracia de Dios. Ama usted demasiado la santa pobreza y la confianza en Dios, que son los dos puntales de la Compañía de las Hijas de la Caridad*” (Correspondencia y escritos, C. 545, p. 502).

Recuperemos la pobreza profética, que con el testimonio del desprendimiento, proclama que existe otro bien. Es también motivación misionera, *no toméis nada para el camino* y lleva a la contemplación, “*gentes que no tienen nada, pero lo poseen todo*” (cf. 2 Co 6, 10). Podemos poseer las cosas sin acumularlas, acapararlas y sin ser esclavas de ellas.

Un año nuevo se nos ha dado para permitirnos avanzar en esta reflexión. *¿Dónde estamos? ¿Cómo nos dejaremos transformar por el Espíritu? ¿Cómo mantendremos viva la llama del carisma?*

Que este año jubilar, bajo el lema de Misión y Caridad, nos permita irradiar entre nosotras, a nuestro alrededor, allí donde vivimos, allí donde servimos, el calor y el amor que ardían en el corazón de san Vicente y en el de santa Luisa, así como su amor a la sencillez y a la sobriedad. En el seno de la Familia vicenciana, nosotras, Hijas de la Caridad, nos beneficiamos de esta doble herencia; difundámosla con alegría a lo largo de este año. Así, el Consejo general ha optado por que las dos grandes fiestas del 15 de marzo y el 27 de septiembre se celebren allí donde nos encontramos para compartir nuestra alegría con los que nos relacionamos y servimos cada día.

El año 2010 estará marcado también por la Asamblea general de la Congregación de la Misión cuyos trabajos se desarrollarán en nuestra Casa Madre. Rezaremos por esta intención. En este año sacerdotal, confiemos igualmente a la Virgen María a todos los sacerdotes. Hoy la festejamos como Madre de Dios, modelo de corazones humildes, de corazones pobres y causa de nuestra alegría. Todos los días nos dirigimos a Ella, nuestra única Madre, que tiene entre sus manos la Compañía.

Con todo afecto y la seguridad de mi oración por cada una de ustedes

Sor Evelyne FRANC
Hija de la Caridad

Casa Madre

Conferencia del 1 de enero de 2010

Hermanas, quisiera centrar mis reflexiones en dos momentos muy importantes que ustedes, Hijas de la Caridad y también la Familia Vicenciana, han vivido y están viviendo. Se trata ante todo del gran acontecimiento de la historia de las Hijas de la Caridad: su reciente Asamblea general y el Documento Inter-Asambleas, fruto del Espíritu Santo que estuvo presente en la Asamblea general. Este documento podrá ayudar y guiar a Sor Evelyne con su Consejo y también a toda la Compañía de las Hijas de la Caridad, en el futuro y especialmente durante estos seis próximos años.

Entre las diferentes riquezas que este Documento Inter-Asambleas ofrece a nuestra reflexión, está la llamada dirigida a cada una de ustedes, como miembros de la Compañía de las Hijas de la Caridad, a vivir su vocación en una unión más profunda; es decir, a nivel local con las Hermanas de su Comunidad, en el compartir la misión común, se trata no sólo de compartir la misión, sino de reflexionar sobre la misión, de llevarla a la oración y de vivirla juntas. A partir de la comunidad local, nos desplazamos hacia el nivel provincial donde cada una de las Provincias está llamada a vivir la unidad como signo y testimonio del carisma a través de los diferentes apostolados confiados a las Hijas de la Caridad.

Por el hecho de vivir en un contexto de globalización, era evidente que durante la Asamblea general se sintiera la necesidad de ir más allá de las fronteras de nuestras Provincias y de vivir el carisma a un nivel interprovincial. Al hablar, por ejemplo, sobre la situación terrible del tráfico de mujeres y niños, hemos visto que se trata de un tema a abordar, no sólo desde los países de origen, sino también en los países de acogida. Se trata de una realidad de la vida los pobres, de los más abandonados y los que sufren; esta situación interpela a las Hijas de la Caridad y las llama a una acción que será tanto más eficiente y eficaz cuando sea emprendida a nivel interprovincial.

La relación profunda se traslada del nivel interprovincial hacia el centro, en la relación entre la Provincia y Sor Evelyne con su Consejo. Al estar a su servicio como guía, las invita hoy a vivir mejor el carisma. Pienso que para ustedes, Hijas de la Caridad, siempre ha estado claro que dirigirse hacia el centro era fuente de inspiración para vivir el carisma. Esto significa que el dinamismo parte del centro para extenderse a todas las Provincias y más allá de las Provincias, no sólo a título individual, sino como miembros de un cuerpo universal. Quiero decir con esto, la necesidad de profundizar su sentido de pertenencia a una Compañía internacional, sacando su dinamismo del centro y viviendo la internacionalidad, invitándolas a crear lazos las unas con las otras, de un lugar al otro a través del mundo.

Quisiera hablarles de otro punto, del que se habló mucho durante la Asamblea de las Hijas de la Caridad: se trata del año jubilar, el 350 aniversario durante el que conmemoramos el paso de San Vicente, Santa Luisa y el padre Portail, de esta vida terrestre a la felicidad del cielo.

Como ustedes saben, el tema de este año jubilar del 350 aniversario es muy sencillo: se trata de “misión y caridad”, tema que nos invita a todos, en el seno de la Familia Vicenciana y más especialmente a ustedes Hijas de la Caridad, a reflexionar en el sentido de la misión, en lo que significa ser misionero y en la manera como están llamadas a vivir el don de la caridad que les ha sido confiado. Aquí, más particularmente en la calle del Bac, tienen una misión muy especial. Es verdad que no es tan fascinante y apasionante como la mayoría de las misiones ad gentes, pero en realidad es una misión al servicio de toda la Compañía de las Hijas de la Caridad. Al vivir esta misión en el corazón de la Compañía de las Hijas de la Caridad en París, en las diferentes comunidades locales aquí representadas hoy, pienso que es importante que vivamos esta misión de una manera sencilla y concreta.

En primer lugar, pienso que es importante, como misionero, saber lo que pasa en el mundo. Recientemente, he realizado la visita canónica de la Congregación en Austria y he tenido la posibilidad de visitar algunas comunidades de Hijas de la Caridad. Me ha impresionado la experiencia de una Hermana mayor de una de estas comunidades: por la noche, ella escucha las noticias internacionales y nacionales y al día siguiente, comunica a todas las Hermanas de la Comunidad los acontecimientos que se han producido a nivel local e internacional y así, se las presentan al Señor en la oración. Una de las Hermanas me preguntó sobre la situación política y social de Honduras. Me quedé desconcertado, verdaderamente sorprendido. ¿Por qué una Hermana de Austria quería estar informada sobre lo que se pasa en un pequeño rincón del mundo, en América Central llamado Honduras? Pero su pregunta me interpeló. Pensé que era maravilloso, para unas Hermanas mayores, querer conocer y estar unidas al mundo, incluso a una edad avanzada y con capacidades muy limitadas para vivir la misión, excepto su oración, su sufrimiento personal y el servicio de unas a otras. Pienso que allí hay algo que nos interpela a todos: estar al corriente de lo que pasa en el mundo para poder aportar en el mismo nuestra reflexión como cristianos y vicencianos.

Un segundo punto: aunque sus misiones particulares estén encerradas en un ámbito reducido y limitado, pienso que como Hijas de la Caridad, están siempre llamadas a salir y esto de un modo u otro, las une al mundo de los pobres. Los diferentes esfuerzos que he visto realizar a las Hermanas, aquí en la calle del Bac en su servicio con los pobres son admirables; y aun más admirable son los esfuerzos que juntas hacen, como comunidad, para intentar responder a las necesidades concretas de los pobres de los alrededores de la Casa Madre.

Permítanme añadir una palabra al tema de la caridad, dado que se trata del segundo pilar de nuestro tema para el 350 aniversario. En varias ocasiones he hablado, aquí y en otras partes, sobre la necesidad que tenemos de profundizar en nuestra comprensión de la caridad y hacer comprender al mundo que, más que dar una limosna, se trata de tender una mano que ayude a levantarse. Queremos dar a los pobres, y hacerlo, como he dicho otras veces, estando cercanos a ellos. Debemos salir y estar unidos a los pobres de un modo u otro. Lo hacemos para contribuir a la promoción de su dignidad, en y por la oración, por medio de nuestros diferentes establecimientos que trabajan en la promoción de los pobres y les ayudan a tomar conciencia de su gran dignidad de hijos de Dios.

La tercera dimensión de la caridad es una llamada a cuestionar las estructuras que oprimen a los pobres, trabajando juntos, con ellos, para provocar un cambio sistémico. Las diferentes reflexiones realizadas en todo el mundo por la oficina de la Comisión para la promoción del cambio sistémico, animada por el Padre Maloney y la oficina de la Familia Vicenciana, por mi delegado para la misma, el Padre Manuel Ginete, hablan claramente de estas dimensiones de la “caridad”. Todos tenemos la posibilidad de entrar en este proceso de la caridad vivida en plenitud, haciendo tomar conciencia de la difícil situación de los pobres en el mundo de hoy. Tenemos el desafío de encontrar los medios para contribuir a aliviar su sufrimiento, trabajando juntos, con ellos, para que sean reconocidos en su dignidad y solos se superen como personas dignas de la vida que Dios ha dado.

Al mismo tiempo que este tema “misión y caridad”, una de las cosas que nos hemos esforzado en promover, es hacer de tal modo que vivamos esta experiencia jubilar a la luz de la experiencia del servicio compartido, como lo vivieron Santa Luisa de Marillac, san Vicente de Paúl y el Padre Portail. Queremos fijar nuestra mirada en su realidad cuando acompañaron a los pobres, los más abandonados de su tiempo, en París. Aquí, hicieron la experiencia de ser evangelizados a través de su propia realidad y después, iluminados por el Espíritu del Señor Jesús, a su vez evangelizaron. Nuestros fundadores supieron reconocer a Cristo en los pobres. Cristo en los pobres, transformó la vida de Vicente, de Luisa y de Portail así como la de tantas otras personas que han formado la Compañía de las Hijas de la Caridad, las Cofradías de la Caridad y la Congregación de la misión, de la época. Unieron sus esfuerzos. En su servicio, hicieron de tal manera que otros llegaron a reconocer a Cristo

Hoy, Hijas de la Caridad y Miembros de la Congregación de la Misión, así como los miembros de otras ramas de la Familia Vicenciana, intentamos vivir el carisma en su plenitud. Creo verdaderamente que el carisma sólo será vivido en plenitud cuando sea compartido. Sea cual fuere la forma de servicio confiado, nos invita a la colaboración. Ninguno de nosotros, en las diferentes ramas de la Familia Vicenciana, posee todas las respuestas. Humildemente reconocemos que podemos aprender de los demás, particularmente en la Congregación de la Misión y ustedes, las Hijas de la Caridad, creemos que podemos aprender a amar profundamente a los pobres, compartiendo con nuestros hermanos y hermanas de las diversas ramas de la Familia.

Nuestro carisma es uno; nadie tiene los derechos exclusivos; pero lo vivimos cada uno de una manera propia y única. Pienso que ahí reside la belleza de la Familia Vicenciana: cada uno tenemos dones diferentes y diversas maneras de vivir el carisma. Cuando compartimos juntos nuestro trabajo, nuestro servicio, nuestro acompañamiento, nuestro amor por los pobres, resulta mucho más eficaz. Continuamente, presento a todos los miembros de la Familia vicenciana, pero en particular a las Hijas de la Caridad, el gran ejemplo de la beata Rosalia Rendu, que amó profundamente al pobre y manifestó este amor en el servicio concreto durante muchos años. Amó tanto a los pobres y vivió en fidelidad el carisma, que lo quiso transmitir y compartir con los demás. Así lo hizo con Federico Ozanam y sus compañeros. A menudo, he oído al Presidente Internacional de la Sociedad de San Vicente repetir que, lo que ellos son hoy, en término de fuerza en el testimonio del amor y la preocupación por los pobres en lo concreto a través de todo el mundo, se lo deben a la inspiración de Sor Rosalía.

El Señor Jesús ha sido bueno para las Hijas de la Caridad a lo largo de su historia, como ya lo saben bien, pero más particularmente durante este año pasado con el don de su Asamblea general y el fruto de esta Asamblea que es el Documento inter-asambleas, que les invita a vivir más plenamente su identidad de una manera profética en los diferentes lugares del mundo.

Al mismo tiempo, el Señor derrama su gracia sobre las Hijas de la Caridad y sobre la Familia Vicenciana, porque juntos celebramos nuestro año jubilar. Que el Señor nos ayude a ser siempre fieles a nuestra responsabilidad de enseñar, con el ejemplo, la belleza de nuestro carisma y compartirlo en y por el acompañamiento de aquellos que tienen en su corazón un gran amor por san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac.

P. Gregory GAY,cm

Superior general

MADRE E. FRANC, SUPERIORA GENERAL

A todas las Hijas de la Caridad

Carta del 2 de febrero de 2010

Mis queridas Hermanas:

¡Que la Paz de nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras!

Según la hermosa tradición de la Compañía heredada de Santa Luisa, he presentado nuestras peticiones de Renovación al Padre Gregory, nuestro Superior general. Sé que sus oraciones me acompañaban durante este encuentro y se lo agradezco. Al Padre Gregory le he asegurado nuestro deseo de entregarnos de nuevo totalmente a Dios en la Compañía para el servicio de Cristo en los pobres. Esta petición resumía, a la vez, nuestro deseo de responder con un nuevo entusiasmo a la llamada del Señor, nuestro sentido de pertenencia a la Compañía y también nuestra toma de conciencia de no haber sido siempre fieles al compromiso de nuestros votos en la vida cotidiana.

Le he comentado los gozos y las penas del año transcurrido; hemos evocado las conclusiones de la Asamblea general, hemos hablado detenidamente del drama de Haití y de la respuesta generosa de todas ustedes por medio de la oración, los donativos y los ofrecimientos para prestar un servicio. También le he presentado los desafíos lanzados a la Compañía y cómo cada Provincia estudia y hace suyo el Documento Inter-Asambleas. Por supuesto, el Padre Gregory ha abordado también el tema del año jubilar del 350 aniversario de la muerte de san Vicente y de santa Luisa y juntos, hemos dado gracias por el dinamismo creativo que este jubileo suscita en la Compañía. En estos momentos tengo la alegría de comunicarles que nuestro Superior general nos concede la gracia de la Renovación para el 25 de marzo de 2010 lo que le he agradecido en su nombre.

Nos separan algunas semanas de la fiesta de la Anunciación y sería bueno aprovecharlas para reflexionar en la próxima Renovación, para prepararnos con seriedad, con el fin de que algo cambie en nuestras vidas y que, como cada año, nuestro don total al Señor para los pobres adquiera una mayor profundidad.

La Asamblea general de 2009 nos ha lanzado una llamada urgente a dejarnos transformar por el Espíritu, fuente de profecía y esperanzaⁱ. Les propongo pues que este año y los siguientes, nos basemos en el Documento Inter-Asambleas para preparar nuestra Renovación. Reflexionaremos sobre los diversos temas expuestos en el documento, de manera transversal, tomando como hilo conductor los acentos subrayados por la Asamblea de 2009, así como las llamadas que nos dirige y las respuestas que pide de nuestra parte.

“Dejarnos transformar por el Espíritu” es una obra inmensa de la gracia, siempre inacabada. Implica una disposición permanente a dejar que el Espíritu nos trabaje y nos modele, permitiéndole crear en nosotras “*la semejanza con Cristo, manso y humilde de corazón*”ⁱⁱ, convencidas de que seremos instrumentos de sus obras en la medida de nuestra fidelidadⁱⁱⁱ.

Este año, nuestra reflexión se centrará en el título de nuestro Documento Inter-Asambleas, poniendo el acento en la esperanza que emana necesariamente de una vida que se deja transformar por el Espíritu. Comentaremos sucesivamente el título y el subtítulo -fuente de profecía y esperanza-, para luego ver cómo en la vivencia de nuestros votos, podemos irradiar la esperanza que nos habita.

DEJÉMONOS TRANSFORMAR POR EL ESPÍRITU

Para dejarnos transformar por el Espíritu, necesitamos tomar conciencia de que El viene constantemente a nuestro encuentro de múltiples maneras, a veces desconcertantes: *“El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va”*^{iv}.

“Oyes su voz”, nos dice Jesús. Se trata de una escucha personal, íntima, de “tú a tú”. Con frecuencia nos faltan las palabras para describir esta experiencia que después se traduce en hechos.

Para dejarnos transformar por el Espíritu, necesitamos vivir atentas a su paso, mantenernos a su escucha, dóciles a sus inspiraciones, disponibles a sus llamadas; para ello, necesitamos desear ardientemente ser lo que estamos llamadas a ser, *querer ser lo que somos*.

Sin el Espíritu, nuestra vida es una tierra árida, reseca. Sin el Espíritu, nuestra vida languidece. Con el Espíritu, está inundada de luz, de belleza, de claridad. Bajo el soplo del Espíritu, estalla la vida y se renueva la faz de la tierra como canta el salmista:

*Bendice, alma mía, al Señor; ¡Señor Dios mío qué grande eres!
Vestido de majestad y de esplendor, arropado de luz como un manto.*

*Tomas a los vientos por mensajeros...haces manar las fuentes en los valles.
Envías tu aliento y son creados; tú renuevas la faz de la tierra”*^v.

De un corazón desbordado por la vida del Espíritu, brotan la adoración y la alabanza que permiten reconocer y proclamar las maravillas del Señor, cantar con gozo su grandeza, como lo hizo la Virgen María. La alabanza expresa que hemos descubierto al Señor, que saboreamos su dulzura, que todo nos habla de El, que todo nos conduce a El.

*“Dad gracias al Señor, invocad su nombre...cantadle, tocad para él, proclamad
sus maravillas...Buscad al Señor y su fuerza...
recordad las maravillas que hizo”*^{vi}.

La alabanza no se limita a momentos determinados y puntuales de oración. Así como el corazón no cesa de latir, nuestros labios, nuestras vidas, continuamente desean proclamar la bondad, la misericordia y el amor de Señor que permanecen para siempre.

“De la salida del sol hasta su ocaso, alabado sea el nombre del Señor”^{vii}.

FUENTE DE PROFECÍA Y ESPERANZA

** “Dios ama a este mundo tal como es y nos invita a amarlo profundamente, a mirarlo como lo mira ÉL”*^{viii}.

Descubramos con admiración y agradecimiento los signos de vida, las semillas y los brotes de esperanza que existen en el mundo, en la Iglesia, en la Compañía, en nuestra comunidad, entre los pobres a los que somos enviadas.

La virtud de la esperanza puede expresarse de diversas maneras, pero es siempre una actitud profunda de la persona humana que colorea su vida, poniendo una nota de bondad sencilla y alegre en todo lo que toca.

Les invito a que personal y comunitariamente hagan una lectura de la realidad, en el plano eclesial, comunitario y social, con una atención particular al entorno en que viven. A partir de esa lectura, iluminada por el Evangelio, harán aflorar todo lo que a su alrededor es rayo de luz, de esperanza y que puede aportar a la humanidad algo positivo y enriquecedor.

Nuestros Fundadores nos han enseñado a descubrir la mano amorosa de la Providencia que dirige los acontecimientos según su plan de amor, aún en medio de situaciones incomprensibles. Nos estimulan a aceptar los acontecimientos con paz, sin desanimarnos ante las dificultades. Así, santa Luisa escribía a las Hermanas enviadas a Le Mans, que estuvieron varias semanas alojadas en la casa de una buena mujer, sin poder servir en el hospital:

“¡Bendito sea Dios por haberlas acompañado en todo su viaje, especialmente por la buena salud que les ha concedido y por todas las ocasiones y contradicciones que me dicen ustedes! Creo que su bondad les habrá otorgado también la gracia de no desanimarse por no hacer nada, puesto que no nos importa el que no hagamos. Basta con que Dios sepa que estamos dispuestas a trabajar cuando a El le plazca emplearnos”^{ix}.

Por su parte, san Vicente vivía profundamente anclado en la divina Providencia y nada le preocupaba tanto como escoger un camino diferente al del plan de amor de Dios. La conferencia que dio el 9 de junio de 1658 a las Hijas de la Caridad sobre este tema, lo expresa claramente y resume su sentimiento de abandono filial en los brazos de Dios Padre:

“Una hija de la Caridad que no tenga esta confianza no sé para qué puede servir. Apenas sienta algo que le cueste, le parecerá todo perdido. Está enferma y empieza a inquietarse, a quejarse unas veces del alimento, o del lugar, o de cualquier otra cosa que le cueste. ¿Por qué? Porque no tiene confianza en la Providencia.”^x.

“Manteneos firmes en esto y no perdáis jamás la confianza que habéis de tener en la Providencia, aun cuando estuvierais en medio de dos ejércitos, y no tengáis miedo de que os suceda algún mal”^{xi}

En este año jubilar cuyo objetivo principal es la profundización en la espiritualidad de nuestro carisma vicenciano, les invito a releer, meditar y saborear esta magnífica conferencia de nuestro Fundador en la que encontramos el frescor y la transparencia de tantos pasajes del Evangelio que nos invitan a la confianza y al abandono en la divina Providencia... *“No temas, pequeño rebaño”^{xii}. “Mirad las aves del cielo. Observad los lirios del campo... ¿no lo hará mucho más con vosotros?”^{xiii}. “¡Animo!, soy yo; no temáis.”^{xiv}.*

Releamos también otros textos de san Vicente y de santa Luisa y además algunas páginas de la vida de la Compañía que nos ayudarán en este trabajo de profundización y apropiación de la herencia de nuestros Fundadores.

*** “Un mundo que va perdiendo puntos de referencia...”^{xv}.**

El Espíritu Santo es fuente de profecía y esperanza en este mundo que va perdiendo puntos de referencia. Todas, más o menos conscientemente, sufrimos la influencia de nuestra civilización postmoderna, alguno de cuyos rasgos característicos son la instalación en el presente, el materialismo que confunde el placer y la alegría, y la fascinación por el progreso del mundo. La crisis económica y social de estos últimos meses, nos ha permitido constatar con tristeza cómo los frutos de este sistema tienen el gusto amargo de la desesperación y de la miseria.

Una enfermedad de nuestro tiempo es la falta de esperanza. En muchos de nuestros contemporáneos e igualmente en las comunidades, sutilmente puede introducirse un cierto tono de pesimismo y desencanto disfrazado de realismo.

Un mundo que va perdiendo puntos de referencia va a la deriva.

“El hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insostenible”^{xvi}.

Cuando la esperanza resulta difícil, es bueno recordar a Abraham que esperó contra toda esperanza^{xvii} y a los discípulos de Emaús que regresaban tristes y desanimados: Nosotros esperábamos que Él sería el libertador de Israel...^{xviii}.

Aún en los aspectos más elementales de la vida cotidiana, nos puede faltar la dimensión de la esperanza paciente, del trabajo que aguarda los frutos en el tiempo previsto; a menudo, buscamos resultados tangibles, inmediatos; a veces, deseamos llegar a la meta evitando el esfuerzo de recorrer el camino.

Les invito también a dedicar tiempo para reflexionar en algunas de las dificultades que encontramos para vivir la esperanza en nuestra época, demasiado inclinada a hacer de la persona humana su propia referencia.

“El mensaje de esperanza que nos viene de Jesucristo ilumina este horizonte denso de incertidumbre y pesimismo. Pero no olvidemos que la esperanza se expresa y se alimenta en la oración, de modo muy particular en el ‘Padrenuestro’, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear”^{xix}.

La esperanza no es una fantasía, ni un sueño irrealizable; es un don del Espíritu Santo que lleva a una vida en plenitud, llena de gozo y de paz^{xx}.

El Santo Padre Benedicto XVI nos dice en su carta encíclica dedicada a la esperanza:

“Nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar... Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es “realmente” vida”^{xxi}.

*** “El Espíritu Santo... suscita energías nuevas”^{xxii}.**

La esperanza es la virtud de las personas fuertes que no temen al futuro, que tienen confianza a pesar de las circunstancias adversas. La esperanza se comunica y se irradia o de lo contrario, se debilita, se seca y muere.

Frecuentemente a la esperanza se la representa simbólicamente por un ancla, ese apoyo seguro que impide al barco ir a la deriva. Los primeros cristianos vieron en el ancla un signo de esperanza. Así, anclados en Jesucristo, no tenemos miedo por mucho que se levanten las olas del mar: *“Todo lo puedo en Aquel que me conforta”^{xxiii}.*

Me gustaría subrayar algunos rasgos de la esperanza evangélica y profética de nuestras vidas de Hijas de la Caridad, entregadas a Dios para el servicio de los pobres. Humilde y sencillamente los pobres proclaman que el Espíritu Santo está actuando en nosotras, alentando, dando vida.

El Espíritu Santo suscita energías nuevas...para acoger en la esperanza el don de la edad, para acoger a la “hermana enfermedad” con una serenidad sonriente.

El Espíritu Santo suscita energías nuevas... para servir a los pobres, “yendo y viniendo”, con prontitud y alegría, sin escatimar esfuerzos, ni calcular sacrificios; para permanecer disponibles en los servicios comunitarios de la vida cotidiana, que hacen posible la misión.

El Espíritu Santo suscita energías nuevas... para afrontar positivamente las dificultades, las situaciones penosas, sin dejar de actuar por miedo o respeto humano.

El Espíritu Santo suscita energías nuevas... para acoger con gozosa esperanza y renovada disponibilidad los cambios de servicio y de lugar, el cierre de una obra, una nueva organización provincial en el marco de una reestructuración.

El Espíritu Santo suscita energías nuevas... en las jóvenes vocaciones que continúan surgiendo en muchas Provincias de la Compañía y en las que se despertarán en las Provincias que actualmente sufren un cierto letargo vocacional.

¿Somos conscientes de que los jóvenes quieren saber quienes somos, lo que nos impulsa a servir a los pobres, cómo vivimos, qué es lo que esperamos?

Las jóvenes, muchas jóvenes, necesitan visualizar en nosotras, Hijas de la Caridad, lo que ellas podrían ser. Invitémoslas a venir y ver^{xxiv}, a conocer a los pobres, a ser sus amigos. Los jóvenes necesitan escuchar una voz que les toque el corazón. Una voz que les diga: ¡No tengáis miedo! Cristo llenará vuestra vida de amor, de alegría, de esperanza, de felicidad.

Preguntémonos cuál es nuestra esperanza, cómo se manifiesta. Intentemos hablar con convicción de Aquel que es nuestra “única Esperanza”^{xxv} el Señor Resucitado.

Preparemos nuestra Renovación, bajo la acción del Espíritu Santo, fuente de profecía y esperanza.

Una vez más, nuestros Fundadores nos ayudan, nos animan y estimulan a vivir con un corazón renovado nuestro don total a Dios. San Vicente nos invita a vivirlo con radicalidad:

“Pues bien, para ser verdaderas Hijas de la Caridad, es preciso haberlo dejado todo... es lo que el Hijo de Dios enseña en el Evangelio; además hay que dejarse a sí mismo, pues, si se deja todo y se reserva uno su propia voluntad, si no se deja a sí mismo, no se ha hecho nada”^{xxvi}.

Por su parte, santa Luisa se expresa así: *“me abandonaré totalmente a la santa Providencia, renunciando para siempre a la posesión de mi libre albedrío que entregaré en manos de Dios”^{xxvii}.*

La castidad por el reino que libera el corazón y lo ensancha a las dimensiones del corazón de Cristo, nos hace disponibles para servir^{xxviii}. Por la castidad, damos testimonio de la esperanza con la fuerza del Espíritu, Señor y dador de vida.

Pidamos el don de la vigilancia que nos mantiene despiertas ante las trampas sutiles de la mentalidad hedonista que invade el territorio social por todas partes y que se infiltra en nuestras comunidades bajo diversas formas...el culto al cuerpo, la obsesión por la imagen y la apariencia, la búsqueda de comodidad.

Cuidemos el clima comunitario que favorece un ritmo de trabajo equilibrado. Que el profetismo de la comunidad sea reconocido por nuestro lenguaje evangélico de amor fraterno, de relación cordial, de transparencia y comprensión, de ayuda mutua y perdón, de participación entusiasta y responsable en la vida comunitaria.

La pobreza, en seguimiento de Cristo y en espíritu de abandono al Padre, nos hace sentirnos dichosas de no tener más tesoro que a Él, nos impulsa a poner al servicio de los demás lo que somos y tenemos^{xxix}. Por la pobreza, damos testimonio de la esperanza en Dios Padre, nuestro único tesoro.

Pidamos el don de vivir la confianza, el abandono en Dios, que nos lleva a desprendernos con alegría de todo lo que nos frena en nuestro don total y a responder con valentía ante los ídolos del materialismo y las múltiples ofertas de la sociedad de consumo.

Cuidemos el clima comunitario que potencia un estilo de vida más coherente con el Evangelio y el espíritu de nuestros Fundadores. Avancemos juntas en la decisión de vivir una pobreza profética que se hace visible en la sencillez y la sobriedad de nuestro estilo de vida. Seamos coherentes y tomemos decisiones comunitarias valientes en relación con los gastos, el uso de los medios tecnológicos (tiempo, finalidad).

La obediencia en la fe, que reproduce la actitud del Hijo de Dios obediente hasta la muerte de cruz, nos lleva a hacer a Dios la ofrenda total de nuestra libertad^{xxx}. Por la obediencia, damos testimonio de la esperanza en Jesucristo, nuestro liberador y salvador.

Pidamos el don de la escucha para amar y acoger la voluntad de Dios y tener la valentía de dejarnos conducir por ella a través de las mediaciones.

Cuidemos el clima comunitario que favorece la apertura de corazón al diálogo sereno, a la escucha respetuosa, a la búsqueda apasionada del querer de Dios que culmina en el discernimiento evangélico. Seamos lúcidas para reaccionar ante la seducción de una cultura individualista que absolutiza la autonomía personal, sin referencia a la comunidad, deshagámonos de las parcelas de independencia que nos alejan de la misión común.

El servicio de los pobres, mirada de fe y puesta en práctica del amor, del que Cristo es manantial y modelo, expresa de modo visible nuestro don total a Dios^{xxxi}. Por el servicio a los pobres, somos testigos de esperanza, anunciando el Evangelio y haciendo presente el Reino^{xxxii}.

Pidamos el don de la disponibilidad para vivir la misión que se nos ha confiado con audacia y generosidad.

Cuidemos el clima comunitario que nos mantiene en el fervor apostólico, que nos ayuda a vivir la misión con entusiasmo renovado allí donde hemos sido enviadas. Que nuestra pasión por Dios y por los pobres sea visible. Ayudémonos a permanecer ágiles, a vivir la audacia en la disponibilidad que hacen superar el miedo a lo desconocido para salir a los caminos en los que tropiezan tantas personas abatidas y abandonadas; curemos sus heridas con el aceite de la dulzura y el bálsamo de la misericordia. Detengámonos sin prisa, dediquémosles tiempo para escucharlas, acogerlas, acompañarlas.

Esta preparación de la Renovación nos ofrece una nueva ocasión para revisar la autenticidad de nuestra respuesta al Señor, para avanzar juntas en el camino de una fidelidad esperanzada y profética.

Como conclusión, tomemos de nuevo algunas frases del Papa Benedicto XVI:

“La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz..., el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su « sí »

abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros?”^{xxxiii}.

Pidamos a la Virgen María, estrella de la esperanza, a san Vicente, santa Luisa y a las bienaventuradas de este mes de febrero, Sor Marie Anne y Sor Odile, Sor Giuseppina y Sor Rosalía, que nos guíen en esta preparación a la fiesta de la Anunciación.

En su nombre, he agradecido al Padre Gregory su dinamismo y toda su atención a la Compañía y a cada Hermana. Igualmente he transmitido al Padre Javier nuestro agradecimiento por su acompañamiento infatigable. Con todas ustedes, reitero también nuestro respetuoso y afectuoso agradecimiento al Padre McCullen, al Padre Maloney, al Padre Quintano, a Madre Duzan y a Madre Elizondo a los que sentimos tan cercanos.

Con todo afecto y la seguridad de mi oración por cada una de ustedes,

Sor Evelyne FRANC

Hija de la Caridad

Notas

ⁱ Documento Inter-Asambleas 2009-2015.

ⁱⁱ C. 18.

ⁱⁱⁱ Cf. C. 17 c.

^{iv} Jn 3,8.

^v Cf. SI 104.

^{vi} SI 105 1-5

^{vii} SI 113.

^{viii} Cf. Gn 1,31; Jn 3,16. (Doc. Ass. 2009) p. 7.

^{ix} Correspondencia y escritos. C. 152 pp.154-155

^x Sígueme IX-2, 1052.

^{xi} Sígueme IX-2, 1055

^{xii} Lc 12, 32.

^{xiii} Mt 6, 25-30.

^{xiv} Mt 14, 27.

^{xv} Docc. Ass. 2009, p. 6.

^{xvi} Eccl. In Europa, 10.

^{xvii} Cf. Rm 4, 18.

^{xviii} Cf. Lc 24, 13-35.

^{xix} Juan Pablo II, Audiencia del 11de noviembre de 1998.

^{xx} Cf. Rm 15, 13.

^{xxi} Spe Salvi, n. 31.

^{xxii} Doc. Ass. 2009, p. 6.

^{xxiii} Fil 4, 13.

^{xxiv} Cf. Jn 1, 39.

^{xxv} Spes Unica. Cf. Santa Luisa

^{xxvi} Sígueme IX-1, 33

^{xxvii} Correspondencia y escritos E. 35 p.720

^{xxviii} Cf. C. 29 a.

^{xxix} Cf C. 30 a.

^{xxx} Cf. C 31.

^{xxxi} Cf. C. 16 b.

^{xxxii} Cf. C. 10 a.

^{xxxiii} Spes Salvi n. 49

MADRE E. FRANC, SUPERIORA GENERAL

Carta del 15 de febrero de 2010

Mis queridas Hermanas,

Después del breve viaje que Sor Iliana y yo acabamos de realizar a Santo Domingo y Haití, quiero, ante todo, agradecer sus oraciones y su comunión de corazón con nuestras Hermanas de la Provincia de Haití. No pueden imaginarse hasta que punto les han impresionado sus testimonios de solidaridad y también cuánto necesitan de nuestras oraciones.

Resulta difícil relatar todo lo que hemos vivido durante esta semana, demasiado corta, pero voy a tratar de ofrecerles algunas impresiones.

Como les había comunicado, la Casa provincial está destruida; una empresa de Santo Domingo está quitando todos los escombros antes de comenzar con la escuela cuyos locales agrietados deben ser demolidos. La nueva casa de la Perière está inhabitable porque el terreno se ha hundido considerablemente. La estructura de las otras dos casas próximas a Puerto Príncipe, Cité Soleil y Marie-Madeleine, está siendo estudiada por los especialistas para comprobar la resistencia; algunos de los locales contiguos tendrán que ser demolidos. Nuestras Hermanas viven pues, como los refugiados. Ciertamente, tratamos de enviarles casas prefabricadas con miras a la estación de las lluvias, pero con toda certeza tendrán que continuar viviendo, durante muchos meses, de forma provisional. Yo admiro su manera positiva de leer este desprendimiento forzoso.

Las Hermanas voluntarias llegadas de América del Norte, del Caribe, de América del Sur y de Europa han comenzado el servicio con mucha alegría, a pesar de las frustraciones inherentes a la situación. En efecto, es difícil insertarse en los equipos de ONG o emprender la distribución de víveres, que corre el riesgo de convertirse en un motín. Pero ayudan a las Hermanas de la Provincia, por una parte, a abrir de nuevo los servicios habituales... consulta, cuidado de los niños malnutridos, guarderías y escuelas primarias y, por otra parte, a través de discretas visitas a domicilio, a buscar a las personas con gran necesidad y llevarles los socorros sanitarios y los alimentos necesarios. Las Hermanas de la Provincia colaboran, claro está, con la Familia Vicenciana y comparten los socorros recibidos con los pobres y con las demás Congregaciones locales, con un espíritu de profunda comunión.

Ha sido muy emocionante oír lo que nuestras Hermanas vivieron el 12 de enero pasado. Con mucha sencillez, han descrito su pavor, sus reflejos de fe en la atmósfera del caos total de los primeros minutos; luego su incredulidad ante la extensión del desastre, la llegada incesante de los heridos, la espontaneidad de los primeros auxilios y las horas pasadas desinfectando y suturando las heridas. Todas han subrayado el clima de oración y de solidaridad de esta primera noche. Han descrito también la búsqueda angustiada de Sor Brigitte durante los días siguientes y la emoción en el momento de su entierro, en el jardín de la Casa provincial.

En los días que siguieron al seísmo, algunas Hermanas tuvieron la posibilidad de servir en el Hospital de la Paz y ser testigos de la ternura de Dios entre los enfermos, que quedarán con secuelas durante mucho, entre sus familias y el personal sanitario local o extranjero. Todas las Hermanas me han dicho también, cómo el hecho de haber escapado esa noche de la muerte les producía el sentimiento de haber tenido una experiencia de Dios, de haber recibido una misión y una llamada a seguir avanzando...

Me gustaría terminar estas líneas agradeciendo a Sor M^a Teresa Tapia y a las Hermanas de la Provincia de Haití que nos han recibido con tanta delicadeza, nos han compartido su pasión por los pobres de este bello país tan atrozmente dañado. En la oración que nos reunía cada mañana, hemos presentado al Señor de la Caridad y a la Virgen María al pueblo haitiano. Quiero expresar también mi agradecimiento a Sor Servia Tulia García y a las Hermanas de la Provincia de Santo Domingo por su acogida al inicio y al final de nuestro viaje así como por su inmensa generosidad con las Hermanas de Haití. ¡Que el Señor sea su recompensa!

A san Vicente, patrón de las obras de caridad y a santa Luisa, patrona de los trabajadores sociales, confiemos los meses venideros para que, por su intercesión, el Señor bendiga y fecunde todos los esfuerzos desplegados a favor de nuestros hermanos y hermanas que sufren.

Con afecto fraterno.

Sor Evelyne FRANC
Hija de la Caridad

PADRE G. GAY SUPERIOR GENERAL

A todos los miembros de la Familia Vicenciana

Cuaresma 2010

Te basta mi gracia, ya que mi fuerza se pone de manifiesto en la debilidad. El tiempo de Cuaresma se abre de nuevo ante nosotros y, con el fin de ayudarnos como Familia Vicenciana a entrar más profundamente en este tiempo de gracia, les propongo la siguiente reflexión.

Después de la publicación de mi carta para Adviento, centrada principalmente en la paz como un aspecto importante de la vida cristiana, tuve un diálogo provechoso con una amiga a propósito de mi experiencia en América central como misionero. Esta amiga, muy comprometida con los pobres, se considera cristiana católica. Uno de sus rasgos característicos es el de estar a favor de la revolución, incluso la revolución armada, particularmente en y para los países en vías de desarrollo que luchan por su progreso en el mundo actual. Nuestra conversación, evidentemente, trató sobre el tema de la paz y de la no violencia. Mi postura es totalmente contraria a la revolución armada y más abierta a lo que considero como un enfoque evangélico de la revolución no violenta, la que propone Jesucristo a través de los diferentes ejemplos que nos da, de transformación de la sociedad, no por la fuerza sino por el amor.

Esta persona amiga me envió un artículo sobre la no violencia, encontrado por casualidad. Aunque posiblemente no estuviera totalmente de acuerdo con su contenido, sin embargo éste la llevó a pensar en el valor de la no violencia en el mundo de hoy. Por mi parte, me permitió iniciar una reflexión más profunda sobre la no violencia en nuestra tradición cristiana y el ejemplo de la misma vida de Jesucristo. El autor de esta breve reflexión sobre la no violencia comienza mostrando que formamos parte de una cultura, que históricamente ha justificado el uso de la violencia. A medida que la historia se ha desarrollado, ha progresado y se ha vuelto más sofisticada con el uso de los medios tecnológicos modernos de fabricación de armas, ha construido un paradigma cultural que, en cierto modo, pone en peligro la raza humana y la vida entera del planeta, conduciéndola al borde de la extinción. Pero al mismo tiempo, y paralelamente a esta proposición cultural vivida durante siglos, surgen nuevas maneras de actuar que comienzan por dismantelar la justificación de los métodos de violencia, de todo tipo de violencia y proponen que, en la diversidad de las expresiones de la vida humana, la misma vida pueda ser enriquecida más que destruida. En otros términos, es posible construir un mundo en el que personas de diferentes medios, de expresiones culturales diversas, puedan aprender a vivir juntas en una armonía fundada en la diversidad, en vez de que la diversidad llegue a ser la justificación de la violencia y por tanto de la destrucción.

Entre las diferentes maneras creadoras de resistir a la violencia en nuestro mundo de hoy, el autor pone de relieve la fragilidad como un elemento esencial. Al mismo tiempo, propone como solución en la organización de la sociedad, la fuerza de las dimensiones horizontales más bien que en las estructuras jerarquizadas. En otras palabras, que las soluciones se busquen de manera circular, alrededor de una mesa donde todos, incluidos los pobres y los marginados, tengan la posibilidad de expresarse en las discusiones en un plano de igualdad.

Un poco más adelante, el artículo demuestra que la imagen del enemigo, debe ser desmontada, reconociendo que los que tienen una opinión contraria pueden igualmente estar en condiciones de contribuir de una manera constructiva a la búsqueda de la verdad. En otros términos, todos los que están alrededor de la mesa, aunque sus pareceres sean diferentes, poseen una parte de verdad y pueden contribuir a la construcción de la verdad en su totalidad. Nosotros, como cristianos, consideramos que la verdad se construye a través de los valores que descubrimos en la riqueza de la vida de Jesucristo. Es evidente que la guerra, en nuestros días, es una manera ilegítima de realizar la armonía en el seno de la sociedad humana.

Además, a través de la historia, la humanidad, ha dominado de tal modo el planeta, que ahora éste sufre por ello. La armonía con la naturaleza es una alternativa a su control y a su explotación. Si descuidamos la conservación de nuestro planeta es muy probable que los pobres sufran más. El cuidado del planeta es uno de los signos de los tiempos a los que nosotros, personas que vivimos en el siglo XXI, debemos responder como Familia Vicenciana. Citando al Papa Benedicto XVI, *“hoy día, el gran don de la creación de Dios corre grave peligro a causa de opciones y estilos de vida que pueden deteriorarlo. El deterioro ambiental hace insostenible especialmente la existencia de los pobres de la tierra...Es preciso esforzarse por cuidar la creación, sin dilapidar sus recursos y compartiéndolos de manera solidaria”*. (Ángelus del 27 de agosto de 2006 en Castel Gandolfo, antes de la celebración para la protección de la creación).

El cuidado de la creación es igualmente una cuestión que afecta al cambio sistémico. Un enorme sistema extendido por todo el mundo se focaliza demasiado sobre la eficacia y los bienes económicos y no considera suficientemente el impacto de nuestras opciones sobre el planeta, en particular en lo que concierne a los pobres. Sería bueno que nosotros, como Familia Vicenciana, nos comprometiéramos con otros organismos, para cambiar este sistema destructor yendo a la raíz de las causas.

Estas ideas básicas son puestas de relieve como elementos que están implicados en la transformación y la reconstrucción cultural de nuestro mundo. Un elemento esencial a este respecto es la no violencia, que lleva consigo una protección sin condiciones de la vida bajo todas sus formas, favorecida por acciones concretas. Estas acciones nos provocan una mejor comprensión en nuestras relaciones humanas, en los ámbitos políticos, sociales y económicos. Se trata de comprender que, fundamentalmente como seres humanos, compartimos con otros este planeta que Dios ha puesto, gratuitamente, a nuestra disposición. Algunos consideran que la no violencia es una utopía poco realista. Nosotros, cristianos y discípulos de Jesucristo evangelizador y servidor de los pobres, sabemos que esto no es así y que, en muchos lugares del mundo, la no violencia da muestras de su valor.

Queridos hermanos y hermanas, la reflexión sobre la no violencia forma parte de nuestra tradición como cristianos católicos y se encuentra en el centro de lo que la Cuaresma significa para nosotros. Nos centramos en la necesidad de cambiar nuestras actitudes para vivir en plenitud la vida que nos ha sido dada en la persona de Jesucristo por su pasión, muerte y resurrección. En el centro mismo de este don de la vida nueva, se encuentra la fragilidad.

Meditamos durante este tiempo de Cuaresma en la fragilidad de Jesucristo y en nuestra propia fragilidad para considerarla no como una limitación sino más bien como un medio para inaugurar una vida nueva, para nosotros mismos, para los demás y para el mundo en que vivimos. La fragilidad de Jesús se expresa concretamente cuando entrega su espíritu, después de la experiencia de su propia pasión, antes y en la misma cruz. La carta de San Pablo a los Filipenses expresa una profunda reflexión teológica en el himno cristológico que proclama que Jesús se despojó de sí mismo, rebajándose para llegar a la plenitud de la vida en la resurrección. Ante este don total de sí mismo en la cruz, Jesús muestra cómo la fragilidad tiene su sitio en la transformación de la sociedad. La víspera de su muerte, Jesús nos enseñó la manera de ser y de actuar. Lavó los pies de sus discípulos, un gesto que, en su tiempo, era realizado por esclavos, llegando a ser de esa manera el siervo de los servidores.

San Vicente, en sus escritos a los Cohermanos y a las Hijas de la Caridad, nos invita a ser indignos servidores, buscando los servicios más humildes. El Padre Jean Pierre Renouard emplea esta reflexión de San Vicente de Paúl de manera sencilla, pero elocuentemente en el 5º tema propuesto para nuestra formación continua con ocasión de la conmemoración del 350 aniversario. En este artículo del Padre Renouard titulado *“¿Quién era Jesús para Vicente?”*, cita a San Vicente de Paúl. Transcribo aquí una parte de esta cita: *“Lo que más me ha impresionado de lo que se ha dicho ..., es lo que se ha indicado sobre*

nuestro Señor, que era el señor natural de todo el mundo y que se hizo sin embargo el último de todos, el oprobio y abyección de todos los hombres, ocupando siempre el último lugar en cualquier sitio que se encontrase. Quizás creáis, hermanos míos, que un hombre es muy humilde y que se ha rebajado mucho cuando ha ocupado el último lugar. ¿Pues qué? ¿Se humilla un hombre ocupando el lugar de nuestro Señor? Sí, hermanos míos, el lugar de nuestro Señor es el último” (Sígueme XI-3 p.58).

¿Hay un sitio más humilde que elegir en este momento de la historia que estar al servicio de los pobres en Haití? Se dice de los haitianos que es un pueblo sorprendente, cuya capacidad de resistencia al dolor ha sido probada muchas veces durante la historia de su país, considerado el más pobre de entre los pobres del hemisferio occidental. Hoy, después del terremoto más destructor que se ha conocido nunca desde hace más de 200 años, se encuentran en mayor necesidad. Me ha edificado la respuesta de conjunto de la Familia Vicenciana ante esta crisis y tragedia en Haití. En diferentes reflexiones sobre lo que ha sucedido en Haití, se ha dicho que el mundo ha aprovechado la ocasión de esta tragedia, que podíamos considerar como la experiencia más horrible y más terrible en términos de pérdidas de vidas humanas, y la ha transformado en obra maestra, una obra de toda la humanidad, una obra de nuestro mundo de hoy, movido por el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones. La respuesta a esta tragedia, como la aportada a tantas otras tragedias producidas en todo el mundo, es verdaderamente edificante y prueba que mundialmente tenemos posibilidades. Como ciudadanos de este mundo, podemos trabajar juntos, dejando de lado nuestras diferencias para que el más frágil de entre nosotros, se beneficie de nuestra atención y que el amor le sea manifestado y ofrecido. En el espíritu de San Vicente de Paúl y de Santa Luisa de Marillac, estamos invitados a despojarnos de nosotros mismos y a ponernos a su servicio.

Una presencia así con nuestros hermanos y hermanas que viven en la pobreza en lugares como Haití, puede ser percibida como una representación simbólica de nuestro Señor Jesús resucitado. Se levanta en medio de las sombras de la muerte y da una vida nueva. Experiencias semejantes se viven en muchos países del mundo entero donde la Familia Vicenciana está presente. Lugares que, de otro modo, no encontrarían ninguna esperanza sin los discípulos de Jesucristo, que evangelizan y sirven a los pobres. En situaciones como la de Haití, donde muchas personas han visto desaparecer lo que consideraban como su seguridad, la presencia de personas entregadas y generosas que dan su vida en el servicio de los demás, es lo que les queda como signo de resurrección, signo de esperanza y de vida.

Hermanos y hermanas, concluyo esta reflexión sin darla por concluida, pues espero que continuará con una reflexión personal así como con una reflexión e intercambio entre ustedes. En el centro de nuestra fe cristiana se encuentra la realidad de la fragilidad, de la que surge una vida nueva. Nosotros, discípulos de Jesucristo y en fidelidad a su llamada, reconocemos nuestra fragilidad así como la de los demás y promovemos una vida nueva por la no violencia o la protección de nuestro planeta. Por nuestra fragilidad aportamos una respuesta a la fragilidad del mundo y a la de toda la creación.

Nuestro Dios, el Dios de Jesucristo, es el Dios de la vida y el Dios del amor. Continuamente derrama este amor en y por el don de su resurrección, que celebramos como el punto culminante del tiempo de Cuaresma. No olvidemos nunca que es la resurrección la que nos identifica. Somos un pueblo de resurrección y el aleluya es nuestro canto. Dejemos resonar nuestro canto y como Familia, cantemos juntos con todos nuestros hermanos y hermanas pobres.

Su hermano en San Vicente

Padre Gregory GAY, cm.

Superior general

PADRE J. ALVAREZ, DIRECTOR GENERAL

La internacionalidad de la Compañía

Hoy se habla mucho de internacionalidad. Y es que nuestro mundo se define como una “aldea global”, según la expresión del gran especialista de la comunicación, Marshall McLuhan. “*Mi parroquia es el mundo*”, repetía con frecuencia el famoso teólogo Yves Congard, justamente para poner de relieve que hoy no existen barreras en la comunicación ni en la evangelización. Gracias a los actuales medios de comunicación, cada vez resulta más fácil comprender que la Compañía es internacional. Con una facilidad asombrosa circula la información en todas las direcciones: las Hermanas de la Provincia de Indonesia, por ejemplo, pueden saber, si lo desean, cómo viven y trabajan las de la Provincia de Argentina; las de Mozambique pueden conocer casi al instante lo que ocurre en las Provincias italianas. Todas pueden tener información de todas. Recientemente, hemos visto cómo todo el mundo ha seguido la desgracia del terremoto de Haití; y todas las Provincias de la Compañía han conseguido amplia información sobre las dificultades, preocupaciones e inquietudes vividas por las Hermanas de la Provincia de Haití.

Se puede pensar en la Compañía como comunidad internacional. Se dan muchas situaciones que así lo demuestran. Por citar sólo algunas: Comunidades internacionales establecidas en lugares de misión; equipos de Hermanas de distintas nacionalidades movilizadas para trabajar ante una catástrofe, como ha ocurrido recientemente en Haití; trabajo en red entre Provincias en relación a determinados servicios como, por ejemplo, los emigrantes; ayuda humana y material entre las Provincias de más tradición y las Provincias más jóvenes; colaboración interprovincial en proyectos de solidaridad; la indicación para estudiar una lengua extranjera, etc. A lo largo de nuestra exposición, veremos lo que dicen las Constituciones sobre esta realidad que, de una forma o de otra, afecta a todas las Provincias.

DE LA UNIVERSALIDAD A LA INTERNACIONALIDAD

Todos sabemos que la Iglesia nació con un claro sentido universal. “*Id al mundo entero y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos para consagrárselos al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, y enseñadles a guardar todo lo que os he mandado*” (Mt 28, 19-20). Este último mensaje que confía Jesús a sus apóstoles, justamente antes de su Ascensión al cielo, así nos lo demuestra. San Vicente pretendió hacer lo mismo con la Compañía, aunque sabemos que no vivió lo suficiente como para ver a sus hijas establecidas en los continentes africano, asiático y americano. En la conferencia del 29 de septiembre de 1655, San Vicente habla a las Hermanas sobre la disponibilidad. Se trata de una disponibilidad universal porque menciona diversos lugares de Francia, pero se detiene especialmente en Madagascar. Y al final, concluye preguntando al grupo de Hermanas: “*¿Estáis resueltas a ir a cualquier parte, sin excepción?*”. A lo que ellas responden sin vacilar: “*Sí, Padre, estamos dispuestas*”^{xxxiii}.

La universalidad no es sinónimo de internacionalidad. Evidentemente hay elementos comunes, como por ejemplo, la expansión geográfica más allá de las fronteras donde ha surgido un determinado carisma, o un espíritu abierto que empuja a no contentarse con vivir y trabajar en un pequeño círculo, olvidándose de otras personas que sufren. A éstos San Vicente les comparaba con los “caracoles”, encerrados siempre en su concha y atentos sólo a su pequeño mundo^{xxxiii}. El espíritu universal está en las antípodas del espíritu del caracol.

Veamos ahora las diferencias. La universalidad no se detiene mucho en valorar las diferentes culturas, ni las riquezas que éstas puedan aportar al carisma. Pretende, más bien, una importante expansión geográfica. Se puede decir que una Compañía llega a ser universal cuando está presente en los cinco continentes y en muchos países, evidentemente para cumplir el fin para el que fue fundada, que en el caso de la Compañía es el servicio material y espiritual a los más pobres. La universalidad es una de las

consecuencias más visibles del celo misionero que ha animado a casi todos los fundadores. En el caso de San Vicente así ha sido, como veremos en otro momento. Para conservar la unidad entre las diferentes fundaciones ubicadas en países distintos, se insistía mucho en la uniformidad. En efecto, sabemos que, en las nuevas fundaciones, las Hermanas han vivido el carisma según las expresiones y las prácticas establecidas en la Casa Madre. La teología y la disciplina eclesial de la época insistían en esta forma de unidad, a la que consideraban como la gran prueba de la fidelidad al carisma. Hoy se habla de internacionalidad, más que de universalidad. La composición de esta palabra, “inter” y “nación o país”, ya nos está indicando una acción, un dinamismo que deriva del hecho de que la Compañía está presente en países o naciones diferentes al que le vio nacer. La Compañía es internacional. Y esto significa que está inmersa en culturas diferentes; culturas que reciben la influencia de la Compañía, y culturas que influyen y enriquecen a la Compañía en aspectos tan importantes como la formación, el estilo de vida, la misión y las estructuras. Digamos que la universalidad es un dato geográfico fácilmente constatable; en cambio la internacionalidad es voluntad para aceptar las consecuencias de vivir en diferentes países y de dialogar con otras culturas donde está presente la Compañía.

La internacionalidad hace tomar conciencia de los múltiples valores que existen en todas las culturas, y de las “*semillas de la Palabra*” que se pueden encontrar en todos los grupos humanos, según la expresión del decreto *Ad gentes*^{xxxiii}. ¿Cómo ha surgido esta conciencia?. Tenemos que hablar de factores confluentes. Por ejemplo, si nos remontamos un poco en la historia, nos encontramos con el fenómeno de la descolonización, que se vivió con mucha fuerza después de la segunda guerra mundial, y que trajo consigo una fuerte conciencia de la identidad cultural y del derecho de los pueblos a preservarla. Más recientemente, la globalización ha creado el sentimiento de que no existe nada más que un solo mundo, una sola cultura, pero no se ha conseguido eliminar lo local, lo pequeño, lo particular. Al contrario, aunque parezca un contrasentido, este fenómeno universal ha favorecido la estima y la preservación de todo lo local o lo nacional. Otros fenómenos, como por ejemplo, el turismo de masas y la inmigración han transformado el perfil de los países, de las iglesias y de las congregaciones religiosas, y han provocado una conciencia sin precedentes del valor de las culturas y de la diversidad cultural.

Todos estos acontecimientos y esta sensibilidad social, junto al fenómeno de la increencia y el secularismo del llamado “primer mundo”, han influido en la Iglesia y en las diferentes Congregaciones religiosas. En la Iglesia, por ejemplo, se está produciendo un desplazamiento de Europa hacia los otros continentes. Las Iglesias jóvenes adquieren cada día más importancia. Y en este ambiente se insiste en la inculturación de la fe, en el diálogo fe-cultura y en la misión evangelizadora de la Iglesia^{xxxiii}. Las Congregaciones experimentan este mismo fenómeno: las zonas de crecimiento se han desplegado del Norte hacia el Sur y del Oeste hacia el Este. En el Norte comienzan a aparecer algunas vocaciones de la segunda generación de inmigrantes, evidentemente en medio de una crisis vocacional sin precedentes. Los países que en épocas pasadas, eran “países de misión”, ahora comienzan a ser misioneros. La Iglesia, y con ella la Compañía, ha comenzado a ser menos europea y más internacional.

LA INTERNACIONALIDAD DE LA COMPAÑÍA SEGÚN LAS CONSTITUCIONES

Necesariamente tendremos que partir de la C.6: “*La Compañía es internacional. El carisma se encarna y hace visible en las diversas culturas y diferentes países del mundo, mediante su vida, sus miembros, su organización y representación, la comunión, la colaboración y el compartir entre las Provincias*”. Como vemos, no se dice que la Compañía es universal, sino internacional. De esta manera, las Constituciones superan un concepto meramente geográfico de la internacionalidad, al mismo tiempo que conectan con todo un movimiento social y eclesial de valoración de las diferentes culturas, y de la capacidad del carisma para inculturarse y expresarse en ellas. “*El carisma se encarna*”, significa que las Hermanas son capaces de vivir el carisma en sus respectivos contextos culturales. “*El carisma se hace*

visible en las diferentes culturas y diferentes países”, quiere decir que las Hermanas encontrarán medios y maneras de expresar el carisma que estén en armonía con sus culturas. La internacionalidad no es un milagro que surge de la nada, sino empeño, reflexión, discernimiento y responsabilidad de muchas Hijas de la Caridad que están atentas a ensamblar lo más sabiamente posible estos dos polos: el carisma vicenciano y la propia cultura.

Para nada pensemos que la internacionalidad puede llegar a ser un atentado contra la unidad. La internacionalidad busca la unidad de la Compañía, lo que ocurre es que han cambiado los parámetros: de la unidad a través de la uniformidad de épocas pasadas, se ha llegado en la nuestra a la *“unidad en el respeto a las diversidades”* (C. 61). Se trata de una unidad llena de colores, de matices, de riquezas. Por lo tanto, la internacionalidad empuja hacia la comunión y la unidad. Comunión que nace del afán de compartir el carisma, de participar en la misma espiritualidad, y de colaborar en servicios o proyectos más o menos comunes. Exactamente esto es lo que dice la segunda parte de la Constitución que estamos comentando (C. 6). Gracias a este compartir orientado a la unidad, las Provincias jóvenes aprenden la sabiduría de las Provincias más veteranas; y, a su vez, éstas pueden experimentar la vitalidad juvenil de las más jóvenes. Sin duda, este intercambio de dones enriquece a la comunidad internacional y, al mismo tiempo, contribuye a la unidad y a la comunión. Sabemos que nada une tanto como compartir vida.

Hemos dicho que la internacionalidad busca la unidad, pero en la diversidad. Esto es tanto como decir que la Compañía es una, pero se encarna en múltiples culturas. ¿Qué significa esto? Todos tenemos la experiencia de haber participado en celebraciones eucarísticas en las que se canta, se baila y se siguen costumbres de una cultura local. ¿Es esto la inculturación?. En el mejor de los casos, habría que decir que se trata de una liturgia inculturada. Pero la inculturación va más allá, toca la vida misma en todas sus vertientes: la misión, la vida comunitaria, la formación y el gobierno. En todos estos aspectos, la inculturación tiene algo que decir al carisma. Todo esto está más o menos dicho en las Constituciones, no en uno o dos números explícitos, sino en unos cuantos dispersos en los distintos capítulos. Así, por ejemplo, la C. 19a dice que *“las Hijas de la Caridad expresan su fe según su cultura y la celebran en la liturgia”*. El E. 14 completa esta invitación a inculturar la vida espiritual de las Hermanas diciendo que *“las Hijas de la Caridad promueven la devoción mariana y la inculturación con ayuda de medios sencillos, tales como la Medalla Milagrosa”*. Por lo que se refiere al servicio de los pobres, hay 3 números (C. 24c, 25c y E. 8f) que invitan a estar atentos *“a las realidades socioculturales y sociopolíticas de los pueblos”* y a *“respetar las diferentes creencias y culturas”*. Las indicaciones para servir y trabajar de una forma inculturada y respetuosa no pueden ser más claras. En la formación inicial y continua también encontramos una referencia sumamente interesante: (La formación) *“tiene en cuenta el carácter internacional de la Compañía, las exigencias de la inculturación y el ritmo de cada persona”* (C. 53).

La internacionalidad influye también en la organización y en el gobierno de la Compañía. Significa esto que las estructuras de gobierno han tenido que ser ajustadas a esta idea de la internacionalidad. Sin estos cambios en el gobierno, la internacionalidad no pasaría de ser un ideal sin fruto. A fin de cuentas, las ideas que no se concretan son aves que emigran.

¿Cómo ha influido la internacionalidad en el gobierno de la Compañía?. Han surgido nuevas estructuras de gobierno y han cambiado otras: por ejemplo, la actual composición del Consejo general *“expresa el carácter internacional de la Compañía y mantiene su unidad”*, nos dice la C. 71a. En él están representados todos los continentes y buena parte de las culturas donde está presente la Compañía. Desde hace ya 30 años se celebran encuentros nacionales, regionales o continentales entre Visitadoras y Consejos provinciales. Estas estructuras ayudan a conservar la tensión entre la unidad y la internacionalidad, entre lo global y lo local (cf. E. 43). Si se acentúa excesivamente un polo en detrimento del otro, se desnaturaliza la verdadera internacionalidad. Se necesita el equilibrio que propone el lema de la internacionalidad, *“la*

unidad en la diversidad”. Acentuar excesivamente lo común anula lo diverso, lo plural; y subrayar exageradamente lo diverso termina disolviendo la unidad.

La importancia concedida a la subsidiariedad y a los distintos órganos de decisión son otros ejemplos que responden bien a las exigencias de la internacionalidad (cf. C. 31b; EE 61). Las Normas provinciales, los diferentes proyectos (provincial y local), las orientaciones provinciales y los planes de formación son instrumentos reconocidos por las Constituciones para asegurar la inculturación (cf. E. , 3c, 4, 5, 62). Evidentemente, estos instrumentos por sí solos no garantizan la inculturación del carisma en un país determinado. Se requiere utilizarlos adecuadamente.

LLAMADAS A CRECER EN LA INTERNACIONALIDAD

En contra de lo que pudiera parecer en un primer momento, este tema de la internacionalidad interesa a todas las Hijas de la Caridad. El motivo principal nos lo proporcionan los sociólogos, al asegurarnos que nuestro mundo se vuelve cada día más multicultural. Sólo hace falta que nos fijemos en cómo está cambiando el rostro de las ciudades. Cada vez se ven más grupos culturalmente diversos. La globalización, las migraciones internacionales, la movilidad y el turismo son las causas principales. Seguramente hay otras, pero aquí no nos interesan porque se tratará, sin duda, de causas secundarias.

Bastaría lo dicho para comprender la actualidad del tema. No obstante, quiero apuntar tres situaciones, muy diferentes entre sí, pero que las tres nos hablan de la conveniencia de detenerse a reflexionar sobre el tema que nos ocupa. Claramente son situaciones donde están bien presentes las Hijas de la Caridad. La primera la tenemos en las llamadas “comunidades internacionales”. En ellas pueden convivir Hermanas de dos o más países distintos y culturas diferentes. La Casa Madre es un buen ejemplo de lo que estamos diciendo, si tenemos en cuenta que en ella conviven Hermanas de 27 nacionalidades diferentes. En estos casos, no se pretende idealizar la internacionalidad, porque todos sabemos o imaginamos las dificultades que se pueden derivar de una comunidad internacional. Ahora bien, basándonos en varios testimonios, puede afirmarse que la diversidad y la internacionalidad son mucho más un don que una amenaza. “*Aceptemos las diferencias como una riqueza*”, apunta valientemente el documento de la última Asamblea general^{xxxiii}. Lo diverso es hermoso, siempre y cuando confluya a crear comunión. Más aún, lo diverso es divino, si tenemos en cuenta que Dios es Uno, pero también es Trino. En todos estos casos, la auténtica internacionalidad no se consigue automáticamente por reunir bajo el mismo techo a personas de países distintos. Se requiere, por parte de todas las que componen la comunidad, un esfuerzo encaminado a la integración de las culturas. Dicho esfuerzo dará como resultado el que las diferentes culturas lleguen a complementarse y las diferencias no dificulten la vida comunitaria ni el servicio al pobre.

Una segunda situación de interculturalidad la encontramos en los países de Europa occidental, en EE.UU y en algunos países latino-americanos. En estos contextos, muchas comunidades de Hijas de la Caridad entran en contacto y trabajan con pobres afectados por la globalización y las migraciones. ¿Qué hacer por todas esas personas que, sin duda alguna, llevan consigo la marca de la pobreza, y que, además, se encuentran lejos de su país, de su cultura y de su familia?. Las Hijas de la Caridad atienden esta nueva pobreza con obras adaptadas a sus necesidades. Tal vez, la pregunta que interesa ahora hacerse es, ¿qué puede significar la Compañía para ellos?. Lo que se pide, me parece, es que las Comunidades y las Hijas de la Caridad, que entran en contacto con los desplazados y los emigrantes, o con personas de otra mentalidad, sepan ser multiculturales. Lo serán si en sus obras y en su servicio concreto respetan las diversas culturas, si saben dialogar con el que es distinto y, además, se convierten en un signo de que el Reino de Dios está destinado a todos sin excepción, comenzando por los más pobres.

La tercera situación que posibilita una vivencia internacional la podemos ver en los múltiples encuentros que se organizan en la Casa Madre, y que van desde la Asamblea general hasta las diferentes

comisiones, pasando por encuentros de formación y retiros internacionales que se organizan todos los años. Lo mismo podemos decir de otros encuentros formativos a nivel regional o continental, tal como están sugeridos en el E. 43. Las Hermanas que participan por primera vez en estos encuentros, quedan fuertemente impresionadas por la riqueza multicultural que se vive en ellos, por las sensibilidades diferentes que se perciben entre las Hermanas de distintos continentes y por el sentido internacional de la Compañía. Ven también la necesidad de prepararse en actitudes y en recursos que exige la misma multiculturalidad.

Las tres situaciones evocadas nos demuestran que este tema de la internacionalidad no es tan lejano ni tan extraño a nuestra vida. Para muchas Hijas de la Caridad es una realidad diaria, bien porque lo tienen dentro de sus comunidades, bien por ser exigencia del servicio, o por las dos cosas. Detengámonos ahora en dos condiciones necesarias para vivir con sensibilidad internacional:

Espíritu de apertura más allá de la propia cultura.

San Vicente tuvo una mentalidad universal. Recordemos la comparación de los caracoles. Y no sólo la mentalidad; también consiguió hacer universales sus obras. Pensemos, por ejemplo, en la Congregación de la Misión. Ya en el 1631 logró establecer una comunidad en Roma para facilitar los muchos trámites que Vicente gestionaba desde París. Por estas mismas fechas, Vicente consiguió llevar la Congregación a Irlanda. En el 1650 solicita de la Sagrada Congregación de Propaganda licencias para enviar un grupo de misioneros a Escocia, Hébridas y Orcadas. Unos cuantos misioneros lograron evangelizar todos aquellos territorios durante más de 20 años. Polonia fue otro país europeo que recibió la influencia de los misioneros; y a punto estuvo de conseguirse una misión en Suecia. Se intentó fundar en España por tres veces en tres diócesis diferentes; sin embargo, no había llegado el momento a pesar del interés de Vicente. En 1643 propone a la Santa Sede enviar misioneros a Arabia^{xxxiii}, pero no llega a efectuarse dicha misión. En 1656 la proposición se orientó hacia El Líbano. Más tarde a Brasil y Canadá. No obstante, ninguno de estos proyectos llegó a realizarse por causas desconocidas. El que sí llegó a realizarse fue el de Madagascar^{xxxiii}, a pesar de que este proyecto parecía una misión imposible, dadas las dificultades de la distancia y de la adaptación.

Son suficientes los datos presentados como para poder concluir que Vicente tuvo una mentalidad universal y trabajó por la universalidad. Si la Compañía pudo asumir distintas obras al servicio de los pobres (escuelas, hospitales, parroquias, niños, galeotes, heridos de guerra, enfermos mentales, ancianos...), y si la Compañía pudo comenzar a extenderse fuera de las fronteras de Francia, se debió a la movilidad y a la disponibilidad que en aquellos años tenía la Compañía. Eran pocas Hijas de la Caridad, pero estaban disponibles y se movían con mucha rapidez, a pesar de la dificultad de los medios de comunicación de la época. La insistencia de San Vicente sobre la disponibilidad se debía a que estaba en juego el fin de la Compañía, que nació para ir allá donde están los pobres. Esta preocupación por ellos le hace pensar en una Compañía universal: *“Así es como habéis que portaros para ser buenas Hijas de la Caridad, para ir a donde Dios quiera; si es a África, a África; al ejército, a las Indias, a donde os pidan, ¡enhorabuena!. Sois Hijas de la Caridad y hay que ir”*^{xxxiii}.

Por supuesto, hoy sigue siendo necesario este espíritu de apertura que hemos podido percibir en San Vicente, así como la disponibilidad y movilidad para que la Compañía continúe siendo misionera (cf. C. 25 a y b) y para que crezca en la internacionalidad. Desde esta sensibilidad internacional, el espíritu de apertura supone, además, vencer los posibles prejuicios que impiden captar los valores de la otra cultura. Y es que uno puede estar tan impregnado o tan configurado con lo que ha sido y es la suya (costumbres, ideas, sensibilidad ante hechos y situaciones) que le resulte difícil entender que puede haber otras maneras de situarse ante la realidad, tan válidas como la propia. Si no se tiene capacidad para relativizar lo propio, será difícil sintonizar con lo positivo de otras mentalidades. El etnocentrismo induce a creer que el propio

grupo étnico es superior a los demás; y además, que dicha superioridad lleva consigo también el derecho de imponer la manera propia de ver las cosas. Por aquí pueden venir los principales obstáculos que impiden una verdadera comunión internacional. Sabemos que hoy nadie defiende conscientemente estas posiciones, pero en el ambiente pueden flotar estas ideas que se asimilan y se transmiten como por ósmosis y que, por supuesto, influyen en la mayor o menor capacidad de apertura frente a otras culturas. Me parece que una atención consciente a las posibles resistencias para aceptar lo positivo del otro, puede ser muy útil a la hora de crear puentes y tejer la comunión internacional.

Dicho en términos positivos, tener espíritu de apertura en este contexto de internacionalidad, es tanto como desarrollar una sensibilidad cultural que lleve a aceptar las diferencias como una riqueza. Condición necesaria para todo ello será perder el miedo a lo desconocido, relativizar maneras de actuar y de relacionarse con los otros. En la internacionalidad, tanto la sensibilidad cultural como la aceptación de la diferencia pueden considerarse verdaderas expresiones de caridad, una nueva versión del mandamiento bíblico del amor.

La formación abre al verdadero sentido de la internacionalidad

El objetivo último de la formación no puede ser otro que llevar a las Hermanas a crecer en su identidad como Hijas de la Caridad en el mundo y en la Iglesia de hoy. En la formación se adquiere la capacidad para discernir lo que es esencial al carisma y lo que son sus expresiones históricas o culturales. No todo en la vocación tiene la misma importancia; hay en ella elementos esenciales y, por el contrario, otros son relativos, y por lo tanto, pueden expresarse de maneras diferentes. Sólo quien es capaz de hacer esta distinción, podrá vivir sin problema el principio de “la unidad en la diversidad”, enunciado en la C. 61, y que está en el corazón de la verdadera internacionalidad.

La formación dota a la persona y a la comunidad de reflexión y capacidad crítica, necesaria para ver dónde están los valores y los contravalores de la propia cultura y de la cultura de los otros. Hasta aquí hay que llegar, hasta saber distinguir lo aceptable de lo rechazable. Tanto los que no perciben nada más que los aspectos positivos de una cultura, como aquellos que no tienen ojos nada más que para lo negativo, no están bien equipados para entrar en el verdadero sentido de la internacionalidad. Se necesita ponderación, equilibrio, discernimiento, y todo ello procede de haber asimilado convenientemente la espiritualidad vicenciana.

En todas las etapas de la formación, incluida la formación continua, habrá que tener en cuenta este sentido internacional de apertura hacia otras culturas, de saber distinguir lo esencial de lo secundario, de entender y aceptar que el carisma puede expresarse de maneras diferentes. Así lo afirma la C. 53: “*La formación tiene en cuenta el carácter internacional de la Compañía, las exigencias de la inculturación y el ritmo de cada persona*”. Las Hijas de la Caridad tienen que ser “ciudadanas del mundo”, incluso aunque la Providencia les pida un servicio muy local. Hay diferentes maneras de traspasar las fronteras, respetando en su justa medida todas las culturas, comenzando por la propia, pero sin dejarse alinear por ninguna. En este contexto de internacionalidad, creo que hay que entender la invitación de las dos últimas Asambleas generales al aprendizaje de una lengua extranjera. Es, sin duda, el recurso más importante para poder vivir en una comunidad internacional, para poder entrar en contacto con otras culturas y para poder vivir en profundidad los encuentros internacionales.

P. Javier ÁLVAREZ

Director general

DESAFÍOS ACTUALES

“Hoy, con los Fundadores”

EVOCACIÓN DE LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS

Desde hace tres años, la revista cuenta con una rúbrica titulada “Desafíos actuales”.

En el año 2007, esta rúbrica tenía por objetivo presentar reflexiones relacionadas con las nuevas pobreza que interpelan a la Compañía.

En los años 2008-2009, la rúbrica hizo un esfuerzo por favorecer el conocimiento de servicios innovadores realizados por las Hijas de la Caridad para responder a los nuevos desafíos de hoy, con miras a preparar el tema de la Asamblea general 2009. Los testimonios más adelante señalados sacaron a la luz avances creativos y audaces, manifestando la preocupación de la Compañía por estar siempre más cerca de los pobres, de todos los pobres, por todas partes:

- Provincia de Los Altos Hills (California): *Servir con creatividad y compasión a las personas encarceladas* (Sor Christina Maggi)
- Provincia de Albany: *Comité internacional de las Hijas de la Caridad sobre el tráfico humano* (Sor Donna Franklin y Sor Joanne Dress)
- Provincia de India Norte: *Responsabilización de las jóvenes de origen tribal* (Sor Rosalie Palayoor)
- Provincia de Filipinas: *Servicio a las familias de emigrantes en su país de origen* (Sor Maria Teresa Mueda y Sor Teresita Laguna)
- Provincia de Vietnam: *Manera de organizar la misión de las Hijas de la Caridad en el Centro de enfermos de sida de Mai-Hoa* (Sor Tue Linh)
- Provincia de Chelumno: *Misión en Kazajstán, pastoral de la presencia* (Las Hermanas en misión en Kazajstán).
- Provincia de Cracovia: *La misión de Balta, Ucrania* (Las Hermanas en misión en Balta)
- Provincia de Australia, Islas Fidji y Cook: *Taller artístico del Centro Hutt Street en Adelaida* (Sor Gwen Tamlyn)
- Provincia de Austria: *No necesitamos hombres que construyan muros, sino constructores de puentes* (Sor Roswitha Bauer)
- Provincia de Cerdeña: *Al servicio de una de las esclavitudes del tercer milenio* (Sor Ignazia Miscali).

PARA LOS TRES PRÓXIMOS AÑOS

Dado el dinamismo suscitado por estos intercambios de experiencias a través de los artículos, deseamos continuar y apoyar este impulso misionero en referencia al Documento Inter-Asambleas 2009-2015. Además, durante este año jubilar, estos intercambios serán un medio privilegiado para presentar cómo san Vicente y santa Luisa continúan estando hoy vivos. La rúbrica “Desafíos actuales” se mantiene, pero se abrirá un nuevo capítulo para continuar escribiendo la historia santa de la Compañía y la de los pobres. En este nuevo capítulo titulado “Hoy con los Fundadores”, los testimonios de las diferentes Provincias, tendrán por objetivo poner de relieve el entusiasmo apostólico de las Comunidades donde las

Hermanas, juntas reflexionan cómo responder a las diferentes necesidades de los pobres. Cualesquiera que sean los servicios asumidos por la Comunidad, nuevos o más tradicionales, requieren un compromiso personal pero, son siempre una misión comunitaria.

El testimonio de la fuerza del servicio de los pobres vivido en comunidad nos ayudará a mirar las evoluciones culturales contemporáneas, no solamente en términos de crisis y de pérdida de valores, sino a descubrir en ellos los signos de la presencia activa de Dios. Sería deseable que los artículos de este capítulo reflejaran el espíritu de la C.16b:

-como su servicio alimenta su contemplación y da sentido a su vida comunitaria,

-como su relación con Dios y su vida fraterna en comunidad reaniman sin cesar su compromiso apostólico.

El equipo de Coordinación

HOY, CON NUESTROS FUNDADORES

Provincia de Madagascar

Proyecto de reconstrucción de pozos e impluvios

en la región semidesértica

al sur de Madagascar

PRESENTACIÓN

La Misión de las Hijas de la Caridad en Madagascar se inscribe en la hermosa historia de la Compañía en la gran isla. El 22 de marzo de 1648, San Vicente anunciaba a Carlos Nacquart la noticia de su envío a Madagascar: *“El señor nuncio, ha escogido a la Compañía para ir a servir a Dios en la isla de San Lorenzo...y la Compañía ha puesto sus ojos en usted, como la mejor hostia que tiene para rendir homenaje a nuestro soberano Creador, para hacerle este servicio”*. (Sig. III, 255)

San Vicente, inspirado por la Providencia divina y aceptando enviar dos de sus mejores Sacerdotes de la Misión para acompañar a los equipos de comerciantes en sus expediciones, veía más lejos y más ancho: comprendía que Dios le pedía llevar la fe a nuestra lejana isla.

Los primeros misioneros se encontraron con grandes dificultades. Durante 25 años, trabajaron siendo la admiración de Vicente de Paúl: *“pidámosle a Dios que dé a la compañía ese espíritu, ese corazón, ese corazón que nos hace ir a cualquier parte...y trabajar por la conversión de las naciones pobres”* (Sig. XI-3,189). Los Padres Paúles no tardaron en desear la llegada de las Hijas de la Caridad; en su Conferencia del 29 de septiembre de 1655, san Vicente presentaba esta petición: *“En Madagascar nuestros padres nos piden que les enviemos algunas hijas de la Caridad, que les ayuden a atraer a las almas...Por eso tenéis que disponeros para ello. Hay cuatro mil quinientas leguas hasta allí, y se necesitan seis meses de viaje. Hijas mías, os digo esto para haceros ver los designios que tiene Dios sobre vosotras. Disponeos, pues, hijas mías, y entregaos a Nuestro Señor para ir adonde a él le plazca”*. (Sig. IX-2. 742)

Santa Luisa de Marillac y las primeras Hermanas, animadas por este mismo espíritu misionero, se entusiasmaron con la partida de los Padres a Madagascar: *“La mayoría de nuestras Hermanas, escribía, querrían que no se hiciera el embarque para Madagascar sin ellas”*. (Correspondencia y escritos, 565)

Pero no es hasta el 7 de abril de 1897 cuando las cuatro primeras Hijas de la Caridad llegarían a Fort Dauphin, al sur de la isla, acompañadas por cuatro jóvenes. Habían sido precedidas por los Padres Paúles a los que se les había confiado la Vicaría apostólica meridional.

Estas Hermanas conocían bien las recomendaciones que san Vicente había dirigido al Padre Nacquart: *“Necesita una fe tan grande como la de Abrahán, la caridad de san Pablo, el celo, la paciencia, la deferencia, la pobreza, la solicitud, la discreción, la integridad de costumbres y un gran deseo de cosumirse totalmente por Dios; todo eso le será tan necesario como al gran san Francisco Javier”* (Sig III, 255). Es con tales “armas” como se entregaron en los diferentes servicios *“sirviendo a los pobres corporal y espiritualmente”* (Sig IX-1, 74). El Espíritu estaba en ellas y actuaba a través de ellas. Estas primeras Hermanas hicieron nacer la Compañía en Madagascar; otras muchas las siguieron.

Hoy, en la Provincia, proseguimos la obra de humanización y evangelización emprendida por nuestras “Mayores”. ¡Ojala el Espíritu nos conceda su fe llena de audacia para ir a los pobres que esperan una respuesta de amor, como el paralítico que esperaba una ayuda en la piscina de Betsaida (Jn 5, 1-18)! ¡Ojala el Espíritu nos conceda también su generosidad inventiva para ser, junto a los más pobres *“su ángel*

de la guarda visible, su padre y su madre”, animadas por el deseo de “hacerles amigos de Dios”. (Sig. IX-1, 24)

En el marco del Jubileo del 350 aniversario de la muerte de los Fundadores, tenemos el gozo de compartir nuestra experiencia misionera en la región de Tsihombe, al sur de Madagascar. San Vicente no es un desconocido en el sur de Madagascar, dado que los primeros misioneros estuvieron implantados principalmente en esta parte de la isla.

Esta región, situada en la Provincia de Tuléar al sur de Madagascar, forma parte de la diócesis de Fort-Dauphin, a 250 km de esta ciudad. Su superficie es de 2849 km² con 116.238 habitantes. La población vive principalmente de la agricultura y de la cría de ganado vacuno y de cabras. Es una región semidesértica que sufre los efectos de la sequía, considerada a menudo como una fatalidad en esta parte de la isla. *Desde siempre, el acceso al agua, tanto en calidad como en cantidad, es sumamente difícil, lo que genera hambrunas crónicas.*

NUESTRA MISIÓN

En 1944, una gran escasez dominó esta región y el administrador francés de una plantación de sisal, acudió a las Hijas de la Caridad para que vinieran en ayuda de esta población tan probada. Los habitantes de esta región enclavada y abandonada son desde hace mucho tiempo, víctimas de la indiferencia de las autoridades y el alejamiento de la capital y, por consiguiente, de los centros de decisión, lo que acentúa aún más su aislamiento y su pobreza. Sin embargo, a pesar de las catástrofes naturales y del abandono de las autoridades, siempre dan muestra de una gran resistencia y de una perseverante tenacidad, dispuestos a hacer frente a las situaciones difíciles. Con la esperanza de tener una buena cosecha, siembran 5 o 6 veces al año, en el momento que llueve. Nos hacen recordar las palabras de san Vicente: *“Es entre ellos, entre esa pobre gente, donde se conserva la verdadera religión, la fe viva; creen sencillamente, sin hurgar; sumisión a las órdenes, paciencia en las miserias que hay que sufrir mientras Dios quiera, unos por las guerras, otros por trabajar todo el día bajo el ardor del sol”* (Sig XI-3, 119).

Desde 1970, las Hijas de la Caridad están presentes en el Distrito de Tsihombe para poner en práctica el carisma vicenciano.

Hoy, nuestra comunidad está compuesta por 7 Hermanas. Prestamos diferentes servicios en el campo pastoral y socio-educativo, tanto en el campo como en la ciudad. Con la preocupación constante de promocionar a la persona en todas las dimensiones de su ser, intentamos responder a las necesidades humanas y espirituales de las personas y de los grupos, a la luz del capítulo 25 del evangelio de san Mateo, buscando *“la gracia de tocar a los corazones”* cuidando los cuerpos (Sig. IX-2, 918).

Por todas partes y cada vez que nos relacionamos con los aldeanos del lugar durante la visita a domicilio o cuando vamos al campo, oímos siempre el mismo grito y la misma llamada: *“vonjeo !!! fa marandrano izahay, kere iasi”*, es decir : *“SOS !!! , ¡Morimos de sed, tenemos hambre!”*. En efecto, el agua es un elemento de su lucha diaria para vivir, tanto como el trozo de pan o el tazón de arroz. Resolver el problema del agua es, en parte, resolver el del hambre. Ahora bien, los últimos intentos del gobierno en la materia datan de 1903.

Desde la llegada de las Hermanas a Madagascar, hemos descubierto numerosos problemas derivados de la falta de agua. Los adultos a veces deben recorrer más de 20km a pie para encontrar el agua y para transportarla, no tienen otro medio que la carretilla o peor aún, un cubo sobre la cabeza. Los niños, frecuentemente no pueden ir a la escuela porque deben ayudar a sus padres a transportar el agua.

Los misioneros, en primer lugar, han ayudado a la población a perforar pozos y construir impluvios en algunos lugares donde se podía encontrar agua potable. Sin embargo, la existencia de estos pozos y de estos impluvios (estanques excavados para recoger el agua de la lluvia), no resolvía el problema de abastecimiento de agua, ya que son únicamente operativos cuando llueve. Por eso, el problema es permanente. Durante un cierto tiempo, para responder a esta necesidad vital, las Hermanas se comprometieron a abastecer regularmente de agua a los campesinos. La compraban y la llevaban en unas cisternas a cada punto de agua. Pero esto no bastaba y era muy costoso. Era necesario encontrar otras soluciones adecuadas y duraderas para que los campesinos tuvieran acceso al agua de una manera permanente, sobre todo durante el período de sequía. Para nuestra Comunidad, era una llamada a poner de relieve el desafío de esta pobreza permanente que abrumaba a toda esta población. Juntas realizamos una larga reflexión. De hecho éramos muy conscientes de que en general, la decisión de buscar nuevos caminos no podía ser impuesta desde arriba o desde el exterior. Con la Provincia hemos intentado descubrir cómo ayudar a los campesinos a implicarse cada vez más en esta búsqueda del agua siendo así, promotores de su propio desarrollo.

La primera etapa hacia un profundo cambio se ha realizado gracias a una **campaña de sensibilización**, que ha sido animada por la Hermana asistente social.

Después, juntos hemos intentado descubrir **actores locales** y movilizarlos para encontrar una solución duradera a este doloroso problema del agua.

Comenzamos nuestra actividad en siete pueblos diferentes; con el apoyo de personas “recursos” de cada comunidad, se han realizado trabajos de reconstrucción.

Más tarde pusimos en marcha un **comité de gestión** para asegurar el abastecimiento regular de agua. Los campesinos motivados han tomado la iniciativa de gestionar ellos mismo la reserva de agua. Se han implicado para mejorar el sistema de funcionamiento.

Esta nueva manera de actuar ha marcado una etapa importante en la liberación de los campesinos; les ha permitido tener confianza en sus capacidades y despertar en ellos el deseo de ir más lejos. Poco a poco, ha nacido una nueva forma de cercanía entre los campesinos y las Hermanas de la Comunidad. En los intercambios, las personas han tomado fácilmente la palabra y han expresado otras necesidades. De hecho, la falta de agua ha permitido revelar un problema más fundamental: el de algunas prácticas tradicionales que son un obstáculo para el cultivo y la ganadería. Así, de este proyecto de la reconstrucción de los pozos y de la perforación, han surgido otras actividades de desarrollo.

Se han reunido habitantes de varios pueblos, han analizado su situación de pobreza, descubriendo que está unida a su concepción tradicional de la cría de cabras y cebúes. En efecto, los animales eran sacrificados no para asegurar la subsistencia de los campesinos, sino solamente para honrar a los difuntos. Según el prestigio del difunto, se sacrificaba un mayor o menor número de animales y sus cabezas se depositaban sobre la tumba del difunto.

Después de una larga reflexión, los campesinos se han dado cuenta de que nunca saldrán de su difícil situación si continúan sacrificando su ganado exclusivamente para la celebración de los funerales. Poco a poco su visión ha cambiado; han descubierto que otro concepto de ganadería podría mejorar su nivel de vida.

Lo mismo ocurre con la agricultura: varias familias han iniciado el cultivo de hortalizas, práctica que hasta ahora no existía. Han mostrado su capacidad de innovación, teniendo la valentía de superar las resistencias al cambio. Además, los campesinos han tomado conciencia de que no basta con criar el ganado

y cultivar las tierras, es necesario también mejorar su poder adquisitivo. Con este fin, algunas familias han comenzado a gestionar sus bienes, las ovejas y las cabras, mediante un sistema de ahorro: la necesidad de tener ahorros para no estar obligado a vender por nada, porque en período de sequía, una oveja no vale ni un kilo de arroz.

Se impone una observación. Poner de relieve este desafío: ayudar a los campesinos a ser más activos en esta búsqueda de agua y convertirse así en promotores de su propio desarrollo, no ha sido fácil. Ha sido necesario, y todavía lo es, desplegar esfuerzos constantes, analizar continuamente la situación, trabajar coordinadamente con las fuerzas vivas locales, atreverse a innovar y sobre todo velar constantemente por la participación efectiva de los campesinos.

NUESTRAS CONVICCIONES

Creemos que dada la complejidad del contexto nacional e internacional en el que vivimos, principalmente la inestabilidad socio política, las catástrofes naturales y la crisis financiera, sólo nuestras fuerzas son impotentes para intentar reducir la miseria. Pero creemos que Dios escucha el clamor de los pobres, que cuenta con nosotros y nos envía hacia ellos: *“Dios, desde toda la eternidad, os había escogido y elegido para esto. ¡Dios mío! ¡Cómo nos tiene que impresionar esto! Desde toda la eternidad tenía Dios el designio de utilizaros en servicio de los pobres! qué felicidad, hijas mías, y cómo la consideración de esta misión eterna de Dios sobre vosotras tiene que ayudaros a que sepáis agradecerle la elección que de vosotras ha hecho! ¡Pensad mucho en ello!”* (Sig. IX-1, 231)

Creemos que el Espíritu de Dios está actuando en el corazón de los pobres, en el corazón de aquellos que aman a los pobres y en los nuestros. Lo creemos y lo atestiguamos: solamente el Espíritu ha podido germinar en el corazón de estos campesinos el deseo de salir de su letargo e ir adelante sin pararse por las dudas y los miedos al espíritu de los antepasados, ante este cambio de costumbre ancestral. Los pobres nos han revelado nuestros propios miedos y nuestras heridas ocultas así como también nuestros dones y riquezas. Juntos, impulsados por la fuerza del Espíritu, hemos respondido a la llamada de Jesús: *“Levántate, y anda”* (Jn 5, 1-18).

Creemos que ser testigos de la Caridad de Cristo a través de nuestro servicio, junto a los pobres sedientos y hambrientos, es una clave indispensable para la comprensión y la acogida del Evangelio. En efecto, según la concepción malgache, el agua representa la vida: ella purifica, alimenta. Es también un símbolo de paz y reconciliación. Por eso, para estos campesinos, incluso no cristianos, este proyecto de reconstrucción de los pozos, es un signo del paso de Dios por su región. Es el centro mismo de nuestra vocación. Podemos hacer nuestra la instrucción de San Vicente a las cuatro Hermanas enviadas a Metz: *“Pues bien, vosotras vais para dar a conocer a todos, a los católicos y a los hugonotes y hasta a los judíos, la bondad de Dios; porque, cuando vean que Dios se preocupa tanto de sus criaturas que ha formado una Compañía de personas que se entregan al servicio de los pobres, como no se encuentra en ninguna otra religión, se sentirán obligados a confesar que Dios es una Padre bueno”* (Sig. IX-2, 1093)

Esta realidad igualmente nos estimula a ser creativas y nos ayuda a vivir con alegría y esperanza. Este gozo alimenta nuestra relación con Dios y nos estimula a presentar las intenciones de quienes servimos en nuestras humildes oraciones personales y comunitarias.

CONCLUSIÓN

Durante este año jubilar de la muerte de nuestros Fundadores, la experiencia que hemos utilizado nos recuerda los métodos pedagógicos de san Vicente y de santa Luisa, buscando siempre la educación y la

promoción humana y espiritual de los pobres. *“Más vale que empiecen oportunamente a aprender algún oficio y es eso lo que tiene usted que procurar con esos pobres niños de Sedán, haciendo que sus padres los pongan de aprendices en algún oficio”* (Sig. V, 561) *“apenas tenga alguno fuerzas para trabajar, habrá que comprarles algunos utensilios conformes con su profesión, pero sin darles nada más”* (Sig. IV, 180). Sus enseñanzas y su pedagogía son actuales. En nosotros está el tener siempre en la memoria estas recomendaciones.

Somos conscientes de que los resultados esperados están lejos de ser finalmente alcanzados; trabajar por el desarrollo integral de la humanidad es un proceso de larga duración pero la continuidad y el hecho de hacer responsables a los campesinos en la puesta en marcha de este proyecto de un modo progresivo, es un buen indicador de nuestra actuación. Antes, la puesta en marcha de la gestión del agua estaba bajo la responsabilidad de las Hijas de la Caridad, pero actualmente, son ellos mismos, los campesinos, los que gestionan el funcionamiento de este proyecto con el fin de hacerlo viable y duradero.

Intentamos seguir los pasos de san Vicente y de santa Luisa con la preocupación de hacer crecer al otro en todo su ser, para obtener un servicio de calidad y en la línea de un verdadero proyecto sistémico. Que María, Única Madre de la Compañía, nos ayude a ser cada vez más profetas capaces de audacia y portadores de esperanza. Así, seremos de aquellos que tienen el gozo de *“poder llenar de alegría a nuestro Creador haciendo un servicio a sus pobres miembros”* (cf. Sig IX-1, 428).

Sor Madeleine HAOVASOA

Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Celebración del 40 aniversario de la presencia de las Hijas de la Caridad en Tailandia

El 29 de agosto de 2009, día de celebración para las Hijas de la Caridad, marcaba los cuarenta años de su presencia en Tailandia. El tema escogido para esta celebración fue: “Un recorrido profético en la acción de gracias”.

LA MISIÓN DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN TAILANDIA EN SUS COMIENZOS

El 27 de agosto de 1969, en Manila, la Visitadora de la Provincia de Filipinas, Sor Filomena Zuluesta, se reunió en el Colegio Concordia con las Hermanas de la Provincia de Filipinas y las del Seminario para despedir a las cuatro Hermanas preparadas para partir en misión a Tailandia: Sor Mary Loretto Kerney y Sor Lorraine Valentin de la Provincia Centro Oeste de los Estados Unidos y Sor Maria Delia Rubica y Sor Mercedes Dagoob, de la Provincia de Filipinas. Era la respuesta a la petición de Monseñor Clarence Duhart, Obispo de la diócesis de Udon Thani (Tailandia), que pedía Hijas de la Caridad para cuidar a los leprosos (enfermos de Hansen) en este país predominantemente budista (menos del 1 % de católicos). Esta fundación de Tailandia depende, desde el principio, de la Provincia de Filipinas. Las dos Hermanas americanas tenían la responsabilidad de poner en funcionamiento este servicio y de formar a las dos Hermanas filipinas en el cuidado de los leprosos. Tres años más tarde regresarían a su Provincia.

En estos 40 años, la misión se ha desarrollado. Hoy, la Provincia de Tailandia cuenta con 13 casas, presentes en tres países (Tailandia, Laos, Camboya), es decir, en 10 diócesis. En los comienzos, estuvieron únicamente al servicio de los leprosos, posteriormente no sólo se ocupan de las personas seropositivas y portadoras del Sida, sino también de las personas mayores, las más pobres. En colaboración con la Iglesia y el gobierno, ponen en marcha programas de rehabilitación para los leprosos y sus familias, proyectos a favor de las mujeres para favorecer su autonomía (actividades remuneradas, microcréditos, formación en sus derechos). Existen también otros programas para personas seropositivas y su familia así como para la escolarización de los niños y el servicio a los refugiados y emigrantes.

DESARROLLO DE LA CELEBRACIÓN DEL 40 ANIVERSARIO

El 27 de agosto de 2008, se inaugura el año de la celebración con una Eucaristía presidida por el subdirector, Padre Benito Enano, cm. Entre los asistentes se encontraba Sor Josefina Estremera, la Visitadora de Filipinas con las Hermanas de su Provincia y algunos Padres Paúles filipinos. Durante la ceremonia se plantaron tres árboles simbolizando los tres países que actualmente constituyen la Provincia de Tailandia.

El 29 de agosto de 2009 se clausuró el año de celebración con una Eucaristía presidida por los Obispos, Monseñor George Phimpisan y Monseñor Banchong Chiayara, Redentoristas, y 14 concelebrantes. Al comienzo de la Eucaristía, se bendijeron trece semillas representando las trece comunidades de la Provincia de Tailandia y se entregaron a las Hermanas Sirvientas para que las plantasen. Estuvieron presentes las Hermanas de las Provincias de Filipinas, Japón, Vietnam, India (Norte y Sur) así como religiosas de otras congregaciones, los pobres a los que sirven las Hermanas, colaboradores y miembros de la Familia vicenciana (SSVP, AMM, AIC).

En su discurso de clausura, Sor Josefina Estremera, Visitadora de Tailandia, expresó su gratitud a los pobres, a los bienhechores, al personal, a los familiares de las Hermanas. Más tarde, Monseñor Banchong Chiayara recordó la visita, en 1969, de su predecesor invitando a las Hijas de la Caridad a venir a Tailandia. Recordó también su colaboración con las Hermanas en el servicio a los leprosos y a los niños minusválidos. Seguidamente agradeció al personal seglar sus leales servicios durante más de 20 años.

Para expresar su agradecimiento a las Hermanas, los leprosos (que se habían beneficiado del servicio de las Hermanas desde los primeros años) y sus familias ofrecieron una comida. Por este motivo,

algunos de sus hijos vinieron, incluso, del extranjero. La sala prevista para 700 personas estaba llena y todos apreciaron la comida y el acompañamiento musical. Para finalizar, presentaron un diaporama. Se pudieron ver fotos de las primeras obras de las Hermanas que estas familias habían conservado durante todos estos años. Dieron unos testimonios muy emotivos recordando lo que habían vivido con las Hermanas. Y para terminar la velada, entonaron un canto que habían compuesto para este 40 aniversario:

“La Hija de la Caridad
viene de muy lejos. Va por todas partes.
Allí donde están los pobres, es donde se la encuentra.
A las personas mal acogidas, con algún hándicap,
a los leprosos que nadie cuida, al anciano sin hogar,
les da su apoyo y alivia sus penas.
“Lo que has hecho a los demás, es a mí a quien lo has hecho”.
Tal es la Palabra de Dios que nos llama a servir a los demás.
Nadie comprende lo que ella siente en lo más profundo de su corazón.
Se da a Dios con un corazón humilde y sencillo.
Conocemos a una gran mujer encantadora y tan amable...
Tejió lazos de amistad y fuimos amigos.
Trabaja con paciencia.
La veneramos como nuestro “ángel”, como “la madre de los pobres”.
Que la gracia de Dios nuestro Padre, descienda sobre ella y la guarde feliz.
Es el amor que nuestro Dios nos deja a cada uno de nosotros.
Nada puede sustituir lo que sentimos por ella.
Cada vez que nos acordamos de las buenas acciones que hizo por nosotros,
no podemos evitar de dar gracias a Dios por habérsela dado
Es una Hija de la Caridad”

Sor Eloisa NADRES
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Cracovia

Celebración de los 150 años de existencia
de la Casa Provincial de Cracovia.

Del 22 al 24 de noviembre de 2009, la Provincia de Cracovia ha vivido el aniversario de los 150 años del traslado de la Casa Provincial de Lvov a Cracovia. Con este motivo, estuvieron invitadas Sor Evelyne Franc, Superiora general y Sor Zofia Danisakova, Consejera general.

Domingo, 22 de noviembre: por la tarde, Nuestra Madre tuvo un encuentro con los numerosos representantes de la Familia Vicenciana de la Provincia de Cracovia. Los miembros de la AIC, de la SSVP, de la AMM, de las JMV presentaron su vida y compromiso en el servicio de los pobres. Un grupo de jóvenes de JMV ofreció una representación evangélica en la que mostraba los peligros que amenazan a los jóvenes hoy y la fuerza liberadora del amor de Jesús. Nuestra Madre expresó el gozo de este encuentro y animó a los participantes a continuar viviendo el espíritu vicenciano y a seguir formándose. Sor Evelyne se comprometió a compartir con otros jóvenes del mundo, el mensaje que le transmitieron: permanecer sin cesar al lado del Corazón de María e irradiar la alegría de Dios.

El lunes 23 de noviembre fue un día muy rico en encuentros y celebraciones. Por la mañana, la Visitadora, Sor Anna Brzek, expuso la historia de la Provincia, sirviéndose de un diaporama. La primera Provincia polaca de las Hijas de la Caridad nació en 1783 en la región de Galicia, estando su Casa Principal en Lvov. En esa época, Polonia atravesaba un período muy difícil de su historia: estaba ocupada por los países vecinos. Los Superiores generales, el Padre Etienne y la Madre Devos, constatan la falta de Sacerdotes de la Misión en Lvov, lo que hace difícil la situación de esta Casa principal, por lo que deciden trasladarla a Cracovia. Es en 1859 cuando el obispo de Cracovia, Monseñor Ludwik Letowski, muy preocupado por los pobres y sobre todo por los niños abandonados, ayuda a la realización de este proyecto. Enviada por los Superiores generales, Sor Marie Talbot se convierte en la primera Visitadora de esta Provincia. En su presentación, Sor Anna, evoca también a las Hermanas mártires del tiempo de las guerras y del comunismo, presentando después la vida y las obras actuales de la Provincia.

Después de la pausa, la celebración de acción de gracias tiene lugar en la cripta de la Capilla, donde descansa el cuerpo de Monseñor Ludwik Letowski, fundador de la Casa Provincial de Cracovia. El Padre Marcin, director de la Provincia, evoca los rasgos característicos de este obispo, sobre todo su extraordinario amor por los pobres. Después, Nuestra Madre visita la Sala de Recuerdos, donde, con motivo de este 150 aniversario, se ha instalado una exposición histórica. Por la tarde Nuestra Madre se reunió con las numerosas Hijas de la Caridad venidas de toda la Provincia. Primeramente, mediante un diaporama, las Hermanas hacen un recorrido por todos los continentes donde viven, rezan y sirven las Hijas de la Caridad. A lo largo de su intervención, Sor Evelyne anima a las Hermanas a meditar y vivir los compromisos transmitidos por la última Asamblea general, a dejarse transformar por el Espíritu. Subrayó la importancia de la vida de oración y de la disponibilidad sin buscar intereses personales. Le siguió un diálogo espontáneo. La Eucaristía presidida por el Padre Zakreta, Visitador de los Padres Paúles, fue un tiempo fuerte de acción de gracias por esta jornada.

Martes 24 de noviembre, día consagrado al encuentro de Nuestra Madre con los 3 Consejos provinciales de Polonia. Por la tarde, Sor Evelyne visitó a las Hermanas mayores que le presentaron un cuadro escénico representando el envío a Polonia de las primeras Hermanas por Santa Luisa y su misión en este país. La alegría y la emoción fueron inmensas. Por la tarde, despedimos a nuestra Madre Evelyne y a Sor Zofia, agradeciéndoles este tiempo vivido y celebrado juntas. Nuestra Madre expresó su agradecimiento por la calidad de la celebración de este jubileo y prometió poner las intenciones de la Provincia en las manos de Nuestra Señora de la calle del Bac.

Esperamos que este jubileo produzca frutos para el futuro de nuestra Provincia y de la Compañía.

Sor Anna BRZEK
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Cracovia

Entrega de la Cruz del Comendador de la Orden

del Renacimiento de Polonia

a Sor Zofia Izabela Luszczkiewicz

El 9 de diciembre de 2009, en el palacio presidencial, tuvo lugar una ceremonia en la que Sor Zofia Izabela recibió a título póstumo la Cruz del Comendador de la Orden del Renacimiento de Polonia. Después de la conferencia: “Los hombres incansables de la Iglesia”, el Padre Jozef Marecki, profesor, presentó la vida de Sor Zofia Izabela Luszczkiewicz.

¿Quién es Sor Zofia Izabela Luszczkiewicz?

Zofia Izabela nace en Cracovia el año 1898 en el seno de una familia de intelectuales muy relacionada con la Universidad Jagellon. En 1923, entra en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Sor Zofia Izabela es enviada al servicio del hospital general del Lvov, primeramente como enfermera, más tarde como directora de la Escuela de Enfermeras contigua al hospital. Enseña las disciplinas profesionales y quiere conservar un alto nivel en la escuela, manteniendo contactos con la Escuela de enfermeras de París para conocer las nuevas técnicas médicas que, luego, transmitía a la Escuela de Lvov.

Estaba convencida de que Dios puede ser servido de diferentes maneras; está muy dotada en numerosos aspectos: la música, el conocimiento de diferentes idiomas, la fotografía, la conducción de coches e incluso de camiones. A pesar de eso, era sencilla; entre sus Hermanas se mostraba servicial, cordial y alegre.

En la primavera de 1939, Sor Zofia Izabela, realiza unas prácticas hospitalarias en Nueva York. Estando allí, la embajada polaca, le comunica la amenaza de la segunda guerra mundial. Acorta sus prácticas para volver a Lvov reanudando en agosto su servicio. En 1939, buscada por la NKVD (*Comisariado del pueblo de los Asuntos interiores de la URSS*), se ve obligada a dejar Lvov. Vestida de sirvienta y con documentos falsos llega a Cracovia, para luego ser enviada a Zebrzydowice, donde se compromete ayudando a la población en su lucha por la independencia. Asiste a los pobres y a los enfermos, incluso a los soldados heridos, facilitándoles los medicamentos necesarios. Participa activamente salvando al pueblo de origen judío. Personalmente salvó de la muerte a 5 personas. Educada por su familia y la escuela en el patriotismo, entra en contacto con el Movimiento Clandestino de la Resistencia: participa en la radio, prepara diarios clandestinos para la población. Recibe paquetes lanzados por los aviones de Londres, llenos de medicamentos, instrumentos quirúrgicos y apósitos destinados a las Unidades de la AK (Ejército Nacional). Su conocimiento de la lengua alemana facilita las negociaciones con los alemanes para proteger a los polacos ante la deportación a realizar trabajos forzados en Alemania. Los últimos años de la ocupación, trabaja en el hospital de Rzeszow. Allí, colaborando con médicos de confianza, ayuda a los partidarios a escaparse del hospital.

Después de la guerra es destinada a Cracovia durante un breve tiempo volviendo, en mayo de 1947 a Zebrzydowice donde cuida de los enfermos que regresan del exilio y de los campos de prisioneros y distribuye los donativos enviados por la ONU. Durante ese año, un militante político, Adam Doboszynski, amigo de la infancia, vuelve a Polonia ilegalmente. Sor Zofia Izabela le auxilia y durante cuatro semanas, lo aloja en Zebrzydowice. Poco tiempo después de su partida, la Policía política comunista (UB) lo detiene; torturado, confiesa que Zofia Izabela lo había ayudado; inmediatamente es detenida por la UB. El 27 de agosto de 1948 es encarcelada en Wadowice por actividades contra el Estado comunista. Durante mucho tiempo se desconoce el lugar de su encarcelamiento. Después de dos años de prisión preventiva y de torturas, es condenada a la pena de muerte. Más tarde, esta pena se cambiaría en 15 años de cárcel. Es, pues, encarcelada en Cracovia y después en Varsovia Mokotow durante dos años, más tarde es trasladada, durante cuatro años, a Inowroclaw (llamado Auschwitz polaco). A pesar de las torturas, se mantiene inquebrantable hasta el final.

En la cárcel de Mokotow, se le prohíbe toda práctica religiosa. Esto es para ella un sufrimiento suplementario. Solamente en Inowroclaw obtuvo la autorización de tener un rosario y un libro de oraciones. Una de las presas escribió en sus memorias: *“Cada día rezaba con nosotras el rosario y pedía por todos los que estaban perdidos en la Polonia “libre”. (...) estuve con ella durante 6 semanas lo que me benefició mucho”*.

Después de ocho años de encarcelamiento, Sor Zofia Izabela cae gravemente enferma: cáncer y tuberculosis ósea. En 1956, obtiene 6 meses de permiso. Gracias a los esfuerzos de sus amigos, es liberada a finales de diciembre de este mismo año. Fue atendida en el hospital de Wroclaw. Allí escribe un relato breve, pero muy emotivo, de sus adversidades en la cárcel, describiendo el método empleado en los interrogatorios: *“Con frecuencia me pegaban debiendo estar siempre de pie, salvo los momentos en los que me obligaban a agacharme, con los brazos extendidos, 2000 veces seguidas sin parar. Durante 14 días y 14 noches, tuve que estar de pie en el frío glacial, descalza sobre el hormigón, en camisa bajo una ventana a la que habían quitado los cristales. Además, me tiraban cubos de agua fría. Después de estar de pie de esta manera durante 14 días (porque incluso para comer no me permitían sentarme), estuve completamente hinchada. Finalmente perdí el conocimiento despertándome en el hospital de la cárcel”*. En el Hospital de Wroclaw, Sor Zofia Izabela sufrió varias intervenciones quirúrgicas, pero en vano. No se la pudo salvar. Falleció en la Casa provincial de Cracovia el 8 de agosto de 1957. Su cuerpo descansa en el cementerio de Rakowice, en la tumba de las Hijas de la Caridad.

Sor Zofia Izabela vivió el carisma de la Compañía sirviendo a los pobres durante ese difícil período. Dio prueba de una gran valentía hasta el punto de arriesgarse. Una Hermana comparte el recuerdo que tiene de Sor Zofia Izabela : *“Todos los días, personas de Zebrzydowice, de Kalwaria, llegaban del bosque, durante la noche, buscando en Zofia Izabela una ayuda, medicamentos para los adultos. La llamaban cuando morían, cuando nacían, cuando se encontraban en dificultades. Nunca negó una ayuda a nadie”*.

Sor Anna BRZEK

Hija de la Caridad

Artículo elaborado gracias a los documentos archivos de la Casa Provincial de las Hijas de la Caridad de Cracovia.

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Austria

Apertura del año jubilar

del 350 aniversario de la muerte de los Fundadores

El 23 de septiembre de 2009, las Hijas de la Caridad de la Provincia de Austria, acogieron al Superior general en Salzburgo y en Graz, durante la visita realizada a sus hermanos Paúles.

El 26 de septiembre de 2009, en la iglesia de la casa provincial de Graz, se inicia el año jubilar con la celebración de la Eucaristía presidida por el Padre Gregory, el Padre Claudio, Secretario general de la Congregación de la Misión y varios padres Paúles. Nos tradujo las palabras del Padre general el Visitador, Padre Eugen Schindler. El Padre Grégory subrayó que el año jubilar era, no sólo la conmemoración de nuestros santos Fundadores, sino también el de todas las personas que a su ejemplo, han vivido de su espíritu y han servido a los pobres. Evocó el ejemplo de un misionero, el Padre Niko van Kleef. Este sacerdote partía con entusiasmo para la misión. Desgraciadamente, un accidente lo dejó parapléjico y tuvo que volver a su país natal, los Países Bajos. Pero el Padre Niko sentía que su vocación era ser misionero. A pesar de esa fuerte minusvalía, volvió a Panamá. Allí, en silla de ruedas, anunciaba la Buena Noticia del Evangelio. Este misionero especialmente pacífico, sufrió una muerte violenta. Durante este relato, pudimos constatar lo impresionado que estaba el Padre Grégory por la vida de este cohermano. Más tarde, admiró la decoración de la sala, particularmente el gran corazón realizado con hojas y flores sobre las que estaban colocados dos cuadros representando a san Vicente y a santa Luisa. Refiriéndose a la decoración, habló con ardor de la obra común que realizaron. Luego, evocando la belleza de los cantos de las Hermanas, dijo que, para él, cantar era una posibilidad de acercarse al cielo.

A continuación, por medio de un diaporama, se presentaron las obras de la Provincia de Austria. Muy impresionado por los numerosos servicios realizados por las Hermanas, el Padre Grégory nos ha insistido en el equilibrio que hay que mantener entre trabajo, oración y vida comunitaria subrayando la importancia de la colaboración entre los diferentes miembros de la familia vicenciana con miras a un servicio de pobres más eficaz. Por último, el Padre general visitó a las Hermanas de la enfermería y celebró para ellas la Eucaristía.

El 27 de septiembre de 2009, la fiesta de San Vicente de Paúl coincidió con el 70 aniversario de la parroquia Nuestra Señora de los Dolores, confiada a los Padres Paúles. La Eucaristía presidida por el Padre Grégory fue animada por la coral de las Hijas de la Caridad. Después de la misa, una fiesta parroquial al aire libre nos reunió a todos bajo un sol radiante. Acompañado por el Párroco, el Padre general pasó de mesa en mesa para saludar a cada participante.

Nos ha impresionado la sencillez, la cordialidad repleta de humor de nuestro Superior general. Guardamos el recuerdo de su entusiasmo por el servicio vicenciano. Estas horas pasadas juntos son un gran estímulo para continuar con amor nuestro camino diario.

La Comunidad de Formación

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Casa Madre

Encuentro DREAM

“Soñemos”

Invitadas por Sor Evelyne Franc, Superiora general, del 18 al 22 de enero de 2010 se ha organizado en la Casa Madre un encuentro entre las Hijas de la Caridad implicadas en los Centros DREAM y los miembros de la Comunidad de San Egidio que colaboran con ellas.

“Soñemos”... palabra que fue pronunciada por las Hijas de la Caridad de Camerún, de la República Democrática del Congo, de Kenia, de Mozambique, de Nigeria y de Tanzania que participaron en este encuentro. Estaban presentes miembros de la Comunidad de San Egidio, el Padre Robert Maloney, cm, Coordinador de DREAM, el equipo DREAM formado por dos Hijas de la Caridad (Sor Catherine Mulligan y Sor Jacqueline Gbango). Asistieron, igualmente, a este encuentro Sor Felicia Mazzola y la Señora Therese McFarland de IPS (Servicio de Proyectos Internacionales de las Hijas de la Caridad), así como Sor Evelyne y las Hermanas del Consejo general.

Este encuentro ha dado, a las Hijas de la Caridad implicadas en los Centros DREAM, la oportunidad de reunirse con los miembros de la Comunidad de San Egidio, presentar sus respectivos Centros mediante unos diaporamas y hablar de los logros y los desafíos del funcionamiento de sus Centros DREAM. Cada exposición estuvo precedida por una oración llena de creatividad propuesta por las Hermanas pertenecientes al país correspondiente. DREAM, sigla inglesa que significa “Mejora de los Recursos en Medicamentos para luchar contra el Sida y la Malnutrición” es un programa creado por la Comunidad de San Egidio para luchar contra el SIDA en África subsahariana. El primer Centro DREAM fue creado en Mozambique en el año 2002. El proyecto pone en marcha una orientación holística que combina una terapia antirretroviral y un tratamiento contra la malnutrición, la tuberculosis, la malaria y las enfermedades de transmisión sexual.

Además de los cinco Centros DREAM apadrinados y gestionados por las Hijas de la Caridad en África, la Comunidad de San Egidio, apadrina y dirige Centros DREAM en República de Guinea, en Guinea Bissau, en Angola, Malawi, Tanzania y en el Este de Kenia. Actualmente, existen 31 Centros DREAM en 10 países de África. Se estima en 80.000 el número de pacientes con tratamiento; siguen una terapia antirretroviral 47.000, de los que 4.500 son niños. Los Centros DREAM en África, siguen todos el mismo proceso para poner en marcha el Programa DREAM completo: diagnóstico, tratamiento, complementos nutricionales, cuidados a domicilio así como la PTME (Prevención de la Transmisión del Sida de la Madre al Hijo), la formación de los enfermos curados para convertirse en militantes, el control de calidad y las evaluaciones. Las implantaciones geográficas de los Centros difieren: algunos están anexionados a hospitales, otros no; algunos están en ciudades, otros en lugares más alejados; algunos tienen dificultades con los gobiernos de sus países. La gestión del personal y la perpetuación de los Centros, se han identificado, igualmente, como desafíos a tener en cuenta.

La parte más dinamizadora del encuentro fue el descubrimiento del importante índice de éxito de estos diferentes Centros DREAM: son numerosos los hombres, mujeres y niños enfermos atendidos en estos Centros que, posteriormente, llevan una vida sana, habiendo logrado mantener una vida de familia, conservar su trabajo, superar los estigmas del VIH/SIDA. Incluso ahora trabajan junto al personal de los Centros para animar a otras personas a no tener miedo y testificar con su vida que el SIDA no significa una sentencia de muerte.

En el año 2002, las Hijas de la Caridad de Chokwe, en Mozambique, adoptaron la gestión de colaboración con la Comunidad de San Egidio para acometer el problema del VIH/SIDA. Después, se han construido y abierto nuevos Centros DREAM en: Nigeria (2007), Camerún y en Kenia (2008), Congo (2009) y el Centro DREAM de Tanzania está actualmente en construcción. Los sorprendentes datos que

proviene del conjunto de los Centros DREAM llevados por las Hijas de la Caridad, revelan que, en los mismos, están inscritas más de 16.000 personas. Es una cifra mínima ya que también se realizan pruebas y acompañamientos en los pueblos y a domicilio. Actualmente reciben una terapia antirretroviral 6.362 adultos y alrededor de 550 niños. Los niños representan un 12% del total. La mejor noticia es que el 98% de los bebés nacidos de madres seguidas por DREAM han nacido seronegativos.

Al trabajo de cada Centro se añaden miles de visitas a domicilio realizadas por enfermeras de la comunidad y militantes, es decir, antiguos pacientes que han recobrado la salud gracias al tratamiento y que ofrecen su tiempo como voluntarios para ayudar a otras personas a superar su miedo y la estigmatización y animarles a participar activamente en esta terapia y a perseverar en ella. Alrededor de un 10% del conjunto de los pacientes necesitan un complemento nutricional, sobre todo las mujeres embarazadas, los niños y personas mayores.

Durante este encuentro en la Casa Madre, se abordaron numerosos temas: la colaboración para la misión, las perspectivas y los sueños, los desafíos comunes, las relaciones entre las Hijas de la Caridad y la Comunidad de San Egidio; las responsabilidades específicas de cada colaborador, las funciones y las relaciones con los Centros, el valor y la importancia de las evaluaciones, el trabajo en red en el interior de cada país, el presupuesto, el trabajo en común en el futuro, la creación de una alianza sólida a favor de los pobres. Sor Felicia Mazzola hizo una descripción del programa IPS (Servicio de los Proyectos Internacionales de las Hijas de la Caridad). Explicó los objetivos y los criterios de aceptación de un proyecto. Cada grupo por país tuvo la oportunidad de reunirse con Sor Felicia y Thérèse McFarland. Los grupos de cada país pudieron reunirse con la Comunidad de San Egidio y el Equipo DREAM para exponer sus preguntas.

Al finalizar la semana, las Hermanas han podido expresar su satisfacción de haber podido vivir este encuentro donde han tenido ocasión de compartir sus experiencias y aprender unos de otros incluida la Comunidad de San Egidio. El último día, las Hermanas de la Casa Madre fueron invitadas a ver los diaporamas presentados durante el encuentro.

Al dejar París, todos nos hemos comprometido a continuar reforzando nuestros Centros DREAM que ofrecen un futuro lleno de esperanza para toda una nueva generación en nuestros respectivos países.

Sor Catherine MULLIGAN
Hija de la Caridad

Preparación del año Jubilar del 350 Aniversario

Santa Luisa de Marillac

Siglo XX : Historia - memoria - meditación

Prólogo

Los historiadores que se interesan por Luisa de Marillac según sus talentos personales, han subrayado sobre todo la colaboración con Vicente de Paúl. Es verdad que el Señor Vicente encontró la solución de todo lo que podía aliviar las desgracias; Luisa de Marillac añadió la delicadeza femenina: ver los detalles, captar los matices de carácter, velar por el orden, por la economía resolviendo así las dificultades con delicadeza y amor. Como Vicente de Paúl, tuvo gran interés por **la pasión inteligente del pobre**.

Los textos que seguirán a esta breve introducción, se referirán más al “ser de Luisa de Marillac” que “el hacer” de su futura misión. Cómo ignorar estos años en el detalle casi diario de una Luisa “de espíritu claro y fuerte”, según el Obispo de Belley, en sus tribulaciones de angustia y escrúpulos: un marido luchando contra una enfermedad que lo minará durante cinco años, un hijo inestable que no se decide por su futuro, una crisis que la lleva a la desesperación. Y he aquí que de repente, en Pentecostés, su alma se ve inundada de serenidad y de paz.

Tras la muerte de Antonio Le Gras, de 1625 a 1629, Luisa espera la hora de Dios según la Luz de Pentecostés. Vicente de Paúl será el elegido de Dios para indicarle la ruta y recibirá su deseo de consagrar su vida a los Pobres. Pero hay que vivir antes de pasar su tiempo en los caminos entre Paris y la provincia; el Señor Vicente no tiene ninguna prisa...

*“Regocijaos, Hijas de la Caridad...Os hizo crecer por su mirada, por su palabra, por su ayuda vigilante, por su infatigable ejemplo de heroísmo, cuando todavía no erais más que un pequeñísimo rebaño; cuando Margarita Naseau, la aldeanita de Suresnes, era la única Hija de la Caridad, la primera en la tierra y la mensajera en el cielo de vuestra innumerable Compañía. Luisa de Marillac, con su gobierno lleno de sabiduría y vigilancia; Vicente de Paúl con sus conferencias providenciales y reveladoras, ambos trabajaban en la educación de las Hijas de la Caridad; el amor de la madre, la austeridad del padre, les indicaban los grandes designios que Dios quería obrar por ellas y cómo debían prepararse a realizarlos como **novicias de la santidad;**’ es decir, ejerciendo primeramente hacia **ellas mismas la caridad que nos une a Dios...**La caridad que une nuestro corazón al corazón de Dios, la caridad, reina de todas las virtudes, es un escudo para los hijos de la gracia, es una coraza que nos hace capaces de afrontar sin temor las más grandes empresas. ¿No era en efecto una empresa grande y del todo nueva la que Vicente y Luisa indicaban a las Hijas de Caridad?...”*

Luisa de Marillac, avanzó, cual rayo de sol por entre el fango y la miseria humana y esparció en derredor suyo y a los ojos de los hombres su maravillosa luz, a fin de que vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos. (Mt 5, 16.)” (Ecos de la Casa Madre, Suplemento de Abril de 1934)

Estas palabras fueron pronunciadas por el Venerable Papa Pío XII, siendo Cardenal Secretario de Estado, en Roma, el 14 de marzo de 1934, en la Iglesia San Andrea Della Valle, en honor de la Canonización de Luisa de Marillac. Estas palabras nos ponen en camino para desear saber más sobre esta llamada misteriosa en las llamadas de Dios en su lugar, pero...

La hora de Dios no ha llegado aún, según la **Luz de Pentecostés**.

Antonio Le Gras cae gravemente enfermo. Según Gobillon *“esta esposa caritativa y fiel demostró a su esposo en este estado un afecto más tierno, una bondad más comprensiva y un amor más condescendiente, para tratar de calmar su espíritu y dulcificar sus penas y sus dolores. **El gran cuidado que ella tuvo durante este tiempo en asistirle y servirle, fue un aprendizaje para su caridad, que le hizo conocer a los enfermos y los medios necesarios para aliviarlos, y que le dio tanta experiencia y capacidad para este ejercicio que ella misma fue luego lección y regla para las hijas que fundó para socorrerlos.** Con sus cuidados y con las señales sensibles de su amor, así como con su ejemplo, se ganó el corazón de su marido y lo capacitó para las disposiciones cristianas con las que murió”* (Vida de la Señorita Le Gras, por N. Gobillon, p. 49)

Es Luisa la que escribe al primo hermano de su marido, Cartujo, relatándole los últimos momentos.... *“desde hace mucho tiempo, por la misericordia de Dios, no tenía afecto alguno por las cosas que pudieran llevar a pecado mortal, y tenía un grandísimo deseo de vivir devotamente. Seis semanas antes de su muerte le acometió una fiebre muy alta que puso su espíritu en gran peligro; pero Dios, haciendo aparecer su poder por encima de la naturaleza, lo puso en calma; y en reconocimiento de esta gracia, se resolvió totalmente a servir a Dios toda su vida...su espíritu ha estado casi siempre ocupado en la meditación de su pasión. Siete veces echó abundante sangre por la boca y la séptima la quitó la vida instantáneamente... yo estaba **sola con él** para asistirle en este paso tan importante, y él dio testimonio de tal devoción que mostró hasta el último suspiro que su espíritu estaba pegado a Dios. Nunca pudo decirme otra cosa que: Rogad a Dios por mí, yo no puedo más: palabras que estarán para siempre grabadas en mi corazón. Murió la noche del 21 de diciembre de 1625, en la parroquia de San Salvador.”* (Ibíd. pp. 49-50)

El 4 de mayo de 1623, fiesta de Santa Mónica, había hecho voto de viudez en caso de que su marido muriera. Hasta este momento se cree obligada a cumplir su promesa, y escribe a su primo: *“¿No es muy razonable que yo sea toda de Dios después de haber estado tanto tiempo en el mundo? Le digo, pues, mi querido primo, que lo deseo con todo mi corazón y en la manera que a él le plazca”.* (Ibíd. p. 53)

Monseñor de Camus que la dirige, le expresa por carta el uso que debe hacer de su viudez : *“el Salvador de nuestras almas después de haber puesto en su seno a su esposo, reposa en el de usted...en este momento es cuando hay que estrecharse y apretarse junto a la cruz, puesto que no tiene usted otro apoyo en la tierra...en esta ocasión veremos si ha amado uste a Dios como es debido, ya que él le ha quitado lo que usted amaba más”.* (Ibíd. pp. 51-52)

... Aún no es la hora de Dios según la Luz de Dios de Pentecostés.

Después de todo lo vivido, su alma y su espíritu están profundamente marcados y, está su hijo Miguel, “el pequeño Le Gras”, como escribiría un día a Luisa el Señor Vicente. Tiene casi trece años y su naturaleza indolente, exige una firme dirección. Manifiesta el deseo de ser sacerdote, entra en el pequeño Seminario donde será pensionista. Esta madre se ata a este único amor con todo su corazón. Pero este amor que desbordó ternura, más tarde, san Vicente le hará por ello una observación: *“No he visto nunca a una madre que sea tan madre como usted”* (Sig. I, C.400, p. 568)

Era costumbre que los jóvenes clérigos tomasen la sotana. El tiempo pasa. Miguel dice y se desdice; sus fervores disminuyen. Ya había tomado cierta aversión al Seminario y manifestó el deseo de dejar la sotana. En 1631, Miguel tiene 18 años. Obtiene una plaza en los Jesuitas y va a la Sorbona. A los 20 años, el Señor Vicente le invita a hacer un retiro, el continúa indeciso. Bajo la influencia de un joven poco recomendable, deja todo. Miguel tiene 25 años, falto de vocación, no será sacerdote, se casará en

enero de 1650 con Gabriela Le Clerc. Esta unión le hará encontrar el equilibrio. En 1651, nacía en el hogar una niña, Luisa-Renata, que sería el consuelo de Luisa de Marillac.

Este período de conocida inestabilidad fue para Luisa una gran prueba, pero el Señor Vicente estaba allí para disipar los sentimientos de culpabilidad y de responsabilidad: *“acuérdesse de que los defectos de los hijos no siempre se les imputan a los padres, especialmente cuando éstos los han hecho educar y les han dado buen ejemplo, como usted ha hecho, gracias a Dios”*. (Sig. I, Carta 221 pp.350-351)

EL SEÑOR VICENTE

*El día de Pentecostés oyendo la Santa Misa o haciendo oración en la iglesia en un instante, mi espíritu quedó iluminado acerca de sus dudas. Y se me advirtió que debía permanecer con mi marido, y que llegaría un tiempo en que estaría en condiciones de hacer voto de pobreza, de castidad y de obediencia, y que estaría en una pequeña comunidad en la que algunas harían lo mismo. Entendí que sería esto en un lugar dedicado a servir al prójimo; pero no podía comprender cómo podría ser, porque debía haber (movimiento de) **idas y venidas**.*

*Se me aseguró también que debía permanecer **en paz en cuanto a mi Director**, y que Dios me daría otro, que me hizo ver (entonces), según me parece, y yo sentí repugnancia en aceptar; **sin embargo, consentí** pareciéndome que no era todavía cuando debía hacerse este cambio.*

Mi tercera pena me fue quitada con la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me enseñaba todo lo que antecede, y pues Dios existía, no debía dudar de lo demás. Y tenía también gran dolor con la duda de la inmortalidad del alma.

Siempre he creído haber recibido esta gracia del Bienaventurado Monseñor de Ginebra, por haber deseado mucho, antes de su muerte, comunicarle esta aflicción y, por haber sentido después gran devoción y recibido por su medio muchos favores, y en aquel entonces sé que tuve algún motivo para creerlo así, del que ahora no me acuerdo. El día de Pentecostés de 1623 oyendo la Santa Misa o haciendo oración en la iglesia de San Nicolás de los Campos”. Correspondencia y escritos. E. 3 (A. 2) LUZ. Pp.666-667

Para Luisa, es el paso del Espíritu Santo; continuará cuidando a su marido hasta su muerte. Su director en esa época, le escribe con motivo del fallecimiento: *“... ya no estáis dividida, ahora pertenecéis toda entera al Esposo celeste, no teniendo ya esposo terreno. Desde hacía mucho tiempo estabais decidida a no querer a nadie sino a él y ahora que ha roto vuestros lazos y que debierais sacrificarle una hostia de alabanza ¿os asustáis? Hija de poca fe, ¿qué dudáis?”*. (Juan Pedro Camus, Obispo de Belley, Anales 82 (1974,4) p. 17)

El director, vislumbrado en Pentecostés en la parroquia de San Nicolás de los Campos, podía negar la dirección porque temía atarse las manos y Luisa, no se sentía atraída por este frío sacerdote, sin distinción. Sin embargo, lo que para uno fue la entrega total, para el otro fue la confianza absoluta. Por otra parte, el señor Vicente toma tiempo, Luisa es impaciente, “la impaciencia de su espíritu”, como ella misma dice; el Señor Vicente no quiere precipitarla, pero quiere acostumbrarla a dirigir ella misma su vida. Las cuestiones materiales tienen que ajustarse.

La enfermedad y la mala gestión durante la enfermedad de su marido, le obliga a renunciar a su casa del Palacete Marais para instalarse en la calle San Víctor. El Señor Vicente no está lejos, pero con frecuencia está ausente. En su soledad, Luisa sufre. Busca consuelo en sus antiguos amigos y confidentes. Los días son largos: hace la limpieza, reza. En su pequeño reglamento, escribe: *“Una vez levantada, haré*

inmediatamente la oración (por espacio) de una hora o tres cuartos; tomaré el tema de los Santos Evangelios y Epístolas una hora entera y con las Epístolas y Evangelios, la vida del Santo del día para que me sirva de instrucción el ejemplo del mérito del Santo".^{xxxiii} Y precisa: "A mediodía...Procuraré no estar jamás ociosa, por lo cual, después de este medio cuarto de hora, volveré a tomar la labor, trabajando alegremente, ya para la Iglesia ya para los Pobres o bien para utilidad de la casa, y el trabajo durará hasta las cuatro".^{xxxiii}

Para el Director, es el período de observación, de una correspondencia respetuosa y afectuosa a la vez: "Le escribo cerca de la media noche, un poco aprisa. Perdone a mi corazón el que no se explaye un poco más en la presente...".^{xxxiii} En su misión, el Señor Vicente utiliza su disponibilidad en compartir: "le ruego que me envíe por medio del señor du Coudray, portador de la presente, la suma de cincuenta libras..." (Síg. I 16 [16] A Luisa de Marillac. pp.101-102)... "me hará usted el favor de comunicármelo y de enviar dos o tres camisas a la señorita Lamy en Gentilly para la Caridad de aquella localidad..." (Síg. I 15 [15] A Luisa de Marillac. p.100)

"Dispónganse entre tanto a hacer un favor a dos jóvenes necesitadas que hemos creído conveniente que salgan de aquí...rogándole que las dirija a una persona honrada que les recomiende y les busque acomodo".^{xxxiii}

El Señor Vicente no olvida que es el director espiritual. En una ocasión, no le había avisado de su partida, pensando que la causaría pena. "Pero, en fin, Nuestro Señor le tendrá en cuenta esa pequeña mortificación, si lo tiene a bien, y él mismo desempeñará el oficio de director". (Síg I 12 [12] A Luisa de Marillac 1. pp.96-97) Desconcertada por las repetidas ausencias del Señor Vicente, Luisa se queja a Monseñor Camus, Obispo de Belley, que le hace la caridad espiritual: "Perdonadme, queridísima hermana, si os digo que os apeáis un tanto demasiado a aquellos que os dirigen y que os apoyáis excesivamente en ellos. He ahí al Señor Vicente eclipsado, y la señorita Le Gras fuera de sí y desorientada. Está bien ver a Dios en nuestros guías y directores y es éstos verlos en Dios, pero algunas veces es necesario mirar a Dios únicamente". Anales 82 (1974,4) p. 14)

Luisa busca estar en paz con su interior. El retiro le ha permitido poner algunas resoluciones por escrito: "Que he de permanecer en completa dependencia de Dios... Remover los impedimentos que impiden la paz que El quiere en mí... Esperar con tranquilidad que Dios me visite" Correspondencia y escritos E. 14 (A. 9) (Retiro). Pp.680-681 El Señor Vicente está muy atento a su salud "Le suplico en nombre de Dios, que se cuide mucho y no omita nada de lo que es menester para ello. Por lo demás, tranquilícese respecto de su interior, que no deja de estar en la situación que es menester, aunque no se lo parezca así". (Síg. I 34 [35] A Luisa de Marillac. Pp.133-134)

En todas estas inquietudes y en este desconcierto que la entristece, es fiel al reglamento que se impone: cose, teje para los pobres, trabaja en los ornamentos para el culto, ornamentos para la capilla de San Lázaro, lo que le valió algunas líneas del Señor Vicente: : "Estas líneas son para agradecer a usted ese frontal tan hermoso y elegante que nos ha enviado, que ayer creí me arrebatara el corazón de placer, al ver el suyo allí metido, y verlo de pronto al entrar en la capilla, sin saber que estuviera allí; y este placer me duró ayer y hoy todavía con una ternura inexplicable, que produce en mí muchos pensamientos que, con la gracia de Dios, podría expresarlos, aunque me contento con decir que ruego a Dios embellezca su alma con su perfecto y divino amor, mientras que usted embellece así su casa con un frontal tan hermoso..."^{xxxiii}

El Señor Vicente permanece atento a todos los acontecimientos relacionados con la vida humana y espiritual de Luisa: *“Déjelo a mi cuenta; yo pensaré en ella por los dos...Procure vivir contenta en medio de sus motivos de descontento y honre siempre el no-hacer y el estado desconocido del Hijo de Dios. Allí está su centro y lo que El espera de usted para el presente y para el porvenir, por siempre...La carta se termina: Animo; ya le he dicho bastante a mi hija. He de acabar diciéndole que mi corazón guardará un tierno recuerdo del suyo en el de Nuestro Señor y por el de Nuestro Señor solamente, en cuyo amor y en el de su santa Madre quedo su humilde servidor.”*^{xxxiii}

PASO A PASO HACIA LA LUZ DE PENTECOSTÉS

1626: Luisa hace retiro, una cierta madurez humana y espiritual le hace tomar la resolución de **darse al servicio de los pobres**, respondiendo así a un deseo del Obispo de Belley.

“Mi querida hija, siempre espero que la serenidad regrese a usted después de estas nubes que le impiden ver la hermosa claridad de la alegría que está al servicio de Dios...apártese un poco de usted misma, para unirse a Jesucristo...”

El Señor Vicente la felicita por la resolución que ha tomado: *“por fin, mi querida señorita, me parece muy bien. ¿Y cómo no? si ha sido Nuestro Señor el que le ha dado ese santo sentimiento, comulgue, pues, mañana...”*^{xxxiii}. Le dice cómo debe conducirse durante su ausencia, le da consejos de dirección principalmente sobre el desprendimiento: *“Bendito sea Dios de que ya se vea libre de su primera afición. De la otra hablaremos en nuestro primer encuentro; me refiero a la de su confesor. Haga, sin embargo, lo que él le aconseja y además todo lo que su fervor le propone, excepto la disciplina, a no ser tres veces por semana...en posdata: Me agrada la práctica de devoción a María con tal de que proceda suavemente”.* (Síg I, 51 [49] *A Luisa de Marillac. pp.148-149*)

Unas penas interiores abruman el alma de Luisa y se abstiene de comulgar: el Director precisa la tentación en este caso y añade una segunda tentación referente a Miguel, dice: *“Ciertamente, Nuestro Señor ha hecho bien al no tomar a usted como madre suya, ya que usted no piensa encontrar la voluntad de Dios en la preocupación maternal que El requiere de usted para su hijo; quizás es que piensa usted que esto le impedirá cumplir la voluntad de Dios en otra cosa; esto es imposible ya que la voluntad de Dios no se opondrá jamás a la voluntad de Dios. Honre, pues, la tranquilidad de la santa Virgen en un caso parecido...”*^{xxxiii}

En 1618, el Señor Vicente había establecido en Montmirail una Cofradía de la Caridad. El Reverendo Padre de Gondí, que había entrado al Oratorio, le pide reunirse con él en Montmirail. El escribe a Luisa, a la que llamará Señorita. *“¿Le dice su corazón que venga, señorita? Si así es, habrá que partir el miércoles próximo en el coche de Châlons en Champagne, donde se aloja el cardenal, frente a Saint-Nicolas-des-Champs ; y tendremos la dicha de vernos en Montmirail...”*^{xxxiii}. Luisa acepta, es su primer envío en misión bajo la invitación del Señor Vicente. Le envía las cartas y el informe para el viaje con el deseo de: *“Vaya, pues, señorita, en nombre de Nuestro Señor. Ruego a su divina bondad que ella le acompañe, que sea ella su consuelo en el camino, su sombra contra el ardor del sol, el amparo de la lluvia y del frío, lecho blando en su cansancio, fuerza en su trabajo y que, finalmente, la devuelva con perfecta salud y llena de obras buenas”*^{xxxiii}.

El Señor Vicente no dedica a Luisa grandes discursos para esos días; lo que suponemos es que el proyecto que hacía tiempo maduraba en su interior respecto a las Caridades del campo, podía ser posible y que la Señorita podría ser la enviada de Dios para este ministerio apostólico: **el servicio de los pobres**.

La luz de Pentecostés ha hecho camino en el interior de Luisa. El sensato acompañamiento del Señor Vicente tomando el tiempo preciso para estudiar psíquica y espiritualmente, como servidor humilde y sumiso al Espíritu Santo, no quería para ella más que lo que Dios quería y no substituyó a Dios ni “se adelantó a la Providencia”. En adelante Luisa de Marillac se entrega a los Pobres y **se quiere entre los pobres**.

Durante su estancia en San Cloud, el 19 de febrero de 1630, el Señor Vicente se preocupa: “*Alabo a Dios de que tenga salud para las sesenta personas, por cuya salvación tiene que trabajar; pero le ruego me comunique exactamente si sus pulmones no se molestan de tanto hablar, ni su cabeza de tanta confusión y ruido*”.^{xxxiii}

Trata otro punto, el de **su excesiva ternura por su hijo**. “*Me parece que debe usted trabajar delante de Dios por tranquilizarse, ya que esa ternura sólo sirve para confundir su espíritu y le priva de la tranquilidad que Nuestro Señor desea en su corazón y del desarraigo del afecto de todo cuanto no sea El. Hágalo, pues, la ruego, y honrará a Dios, que se ha encargado del cuidado soberano y absoluto de su hijo y que desea que usted sólo se interese por él de una manera dependiente de El y tranquila*”. La carta termina con una petición: *...y si esa buena muchacha de Suresnes, que otras veces la ha visitado y que se dedica a la enseñanza de niñas, la ha ido a ver, como me lo prometió el último domingo, cuando estuvo aquí*”. (Sig I Carta 39 [40] A Luisa de Marillac, en Saint Cloud. pp 137-138)

Luisa de Marillac mostrará hasta dónde sabía amar a Dios, el único Señor de su vida, al que se había consagrado. En adelante, firmará Luisa de Marillac y es con este nombre con el que la Iglesia la canonizará, pero para sus contemporáneos continuará siendo la Señorita Le Gras. El Señor Vicente la llamará Señorita, después de haberla llamado durante años en su correspondencia **“mi querida hija”**.

Esperando a que su apostolado se precise, Luisa ora, medita, se dedica también a la pintura. De joven, le gustaba pintar acuarelas en las que unas veces representaba a una joven -ella misma- sentada en un hermoso jardín con el nombre de **Jesús** y estas palabras como leyenda: **“Es el nombre de Aquel al que amo”**, otras es el Buen Pastor rodeado de sus ovejas que buscan beber en las heridas de sus pies, mientras que una de ellas, sentada sobre sus rodillas, se refresca en la herida del costado.

Luisa de Marillac llamaba a estas ingenuas pruebas “*Mis aficioncillas a estampas u otras devociones*” *Correspondencia y escritos E. 65 (A. 11) (Notas durante unos Ejercicios Espirituales). pp.771-772* Es durante el período de su duro combate espiritual, tras la muerte de su marido, cuando pintó el cuadro que llamamos “el Señor de la Caridad”. Jesús está en tamaño natural, de pie, con los brazos abiertos, la cabeza inclinada y los ojos bajos, como para hablar al cristiano que le implora y acogerlo con amor y misericordia... sus pies y sus manos muestran sus heridas y, hecho importante, su divino Corazón aparece sobre su pecho rodeado de rayos luminosos. Al pie del cuadro figura esta inscripción en caracteres del tiempo: “*Este cuadro ha sido pintado por la Señorita Legras, nuestra honorable madre y maestra*”^{xxxiii}.

Si este cuadro se encuentra actualmente en la Casa Madre, es gracias a la generosa bondad de Monseñor Grimardias, obispo de Cahors. Veamos cómo ocurrió. En los primeros meses de 1891, un miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl de Cahors, el Señor Michel Bourrières, indicó al superior del gran seminario de esta ciudad, Padre Méout, Sacerdote de la Misión, un cuadro que podía interesarle mucho, puesto que estaba escrito en caracteres antiguos esta inscripción, de la que se respeta la ortografía: “*Este cuadro ha sido pintado por la Señorita Legras, nuestra honorable madre y maestra*”.

Este cuadro se encontraba en la capilla de los Artesanos, una capilla muy antigua separada, pero dependiente de la Catedral. La presencia de nuestro cuadro en esta capilla se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que las Hijas de la Caridad estuvieron establecidas en Cahors en tiempo de San Vicente y de la Señorita Le Gras. La nueva fundación recibía, lo vimos en los escritos de la venerable fundadora, un cuadro religioso, un “Señor de la Caridad” o al menos recibían la tela. Podemos constatar que las buenas hermanas, poseían un hermoso marco, pero como era demasiado grande, añadieron a todo alrededor, 25 centímetros de tela, y algún pintor del lugar, lo puso en armonía con el resto. Sin duda fue entonces cuando se añadió la inscripción. El cuadro estuvo en la capilla de los Artesanos o, quizá en la Catedral, durante la época de la Revolución, cuando las Hermanas del orfanato fueron expulsadas y *“el inmueble fue puesto a las disposición de la nación”*.^{xxxiii}

Es difícil concluir. Lo que es evidente es que la Luz de Pentecostés tomó tiempo para una maduración espiritual a la altura de la tarea que estaba prevista por Dios. Es en el amor a los demás como encontramos de verdad a Dios.

Como novedad absoluta, Luisa va sin resistencia alguna a Montmirail. Se interesa por todo lo que se refiere a la vida de las pobres gentes, sobre todo hace la experiencia de vivir el Evangelio en su intimidad más profunda; ella que hasta entonces había tenido sirvientas a su disposición, ahora se hace sierva.

Sor Claire HERRMANN

Hija de la Caridad

PREPARACIÓN DEL AÑO JUBILAR DEL 350 ANIVERSARIO

Dirección y formación en la Compañía

Organización de la Compañía

Un estudio sobre el desarrollo de la Compañía nos lleva a la conclusión de que los dos fundadores influyeron por igual y de una manera decisiva en facetas esenciales a la organización de la Compañía, aunque desde posiciones diferentes. Vicente de Paúl, fundador de las cofradías de la Caridad, era el Director y el Superior de la reciente Caridad. Él dio las líneas maestras: el fin de la nueva Caridad sería, como el de las otras, servir a Jesucristo corporal y espiritualmente en la persona de los pobres; la espiritualidad, vaciarse de ellas mismas y revestirse del Espíritu de Jesucristo, que manifestarían tenerlo si vivían de humildad, sencillez y caridad; las razones teológicas, Dios está en los pobres que son los miembros dolientes de Jesucristo. Y fue también él, quien determinó las estructuras jurídicas: son mujeres que se consagran a Dios por la entrega, el día que son admitidas oficialmente en la Compañía; no harán, por ello, votos públicos -entonces se decía solemnes-; no son, pues, religiosas, sino seculares. Tenía que ser así, porque en aquel siglo le era casi imposible a una mujer ni siquiera proponerlo. Pero Vicente de Paúl no ordenó absolutamente nada contra el parecer de su colaboradora ni siquiera sin su conocimiento. Por otro lado Luisa era una enamorada de la persona de su director; era su fiel y mejor discípula y aceptaba su doctrina como la más apropiada para sus hijas. Vicente valoró de una manera eminente pero justa las cualidades de su dirigida y depositó en ella toda su confianza.

Fue, sin embargo, Luisa de Marillac quien llevó a la práctica las ideas y la mentalidad del Director y Superior. No cabe duda, Vicente de Paúl era el manantial de las enseñanzas a las Hijas de la Caridad, pero Luisa de Marillac, con un carácter maduro y afectivo y con una inteligencia aguda y profunda, era el cauce por donde corría la doctrina y la fuente donde bebían las Hermanas. Y bien se sabe que el agua toma muchos sabores del cauce por donde circula.

FORMACIÓN DE LAS HERMANAS

Vicente de Paúl ha contribuido más a la formación de las Hijas de la Caridad de los siglos posteriores que a la de las Hermanas de su época, y ha influido en ellas más extensamente después de muerto que en vida. Veamos algunos datos.

Primero, ya mientras vivía, pero más después de muerto, los padres Paúles han sentido la obligación de ayudar a las Hijas de la Caridad como a hermanas que trabajan en la misma misión y como un encargo de su fundador. Pero los Paúles están ahora y estaban entonces imbuidos de San Vicente y muy poco de Santa Luisa. Tenían a mano las conferencias del fundador, primero en copias y luego impresas. Más tarde se imprimió la correspondencia entre los dos santos y las cartas de San Vicente a algunas Hermanas. También las Hermanas pudieron leerlas, pero tan sólo después de su muerte, con dificultad y en ediciones abreviadas. Sin embargo se tardó 226 años en publicar las cartas y escritos de Luisa de Marillac no completos y sólo en francés. Para tenerlos completos se tardó 250 años, y sólo litografiadas en una edición más propia para las bibliotecas que asequible a las Hermanas particulares. Sin exagerar, se puede afirmar que las Hijas de la Caridad y los padres Paúles no han podido leer personalmente y con facilidad los escritos de santa Luisa hasta 1983 con la edición que preparó Sor E. Charpy, por invitación de los Superiores Generales, P. M. McCullen y Sor Lucía Rogé.

Segundo, de acuerdo con mentalidades pasadas, Vicente de Paúl rechazaba, con cortesía humana y prudencia santa, comunicarse con las Hermanas, a no ser con unas pocas en confesión y dirección o por

carta. Sus relaciones con las Hermanas particulares y con las comunidades fueron a través de Luisa de Marillac. Tenía, además, un trabajo agotador que le impedía dedicarse a la Compañía. Era Luisa quien estaba consagrada a la Compañía en cuerpo y alma. Vicente lo sabía, lo aprobaba y se sentía tranquilo.

Tercero, leyendo sus conferencias a las Hijas de la Caridad puede ser engañoso concluir que su influencia en las Hermanas no sólo fue enorme sino exclusiva. Analicemos sin prejuicios todas las facetas. Las conferencias que conservamos, y no parece que se perdieran muchas, dado el aprecio que Luisa sentía por ellas, la fidelidad con que las redactó o mandó redactarlas y la ilusión que puso para conservarlas, dan por término medio una cada trimestre. Varias veces Luisa se quejó suavemente del largo tiempo transcurrido sin tener ninguna (L. 75, 110, 124). No hay que olvidar tampoco que Luisa nunca permitió que se sacaran de la Casa las conferencias del Padre y Superior para que no se perdieran, ni que se copiaran “por miedo a que se cambiara el sentido del bienaventurado Padre” (D 822, p.954).

Hay que añadir que a las conferencias sólo podían acudir Hermanas de la Casa Madre y una de cada parroquia de París “para impedir que los pobres sufrieran molestias” (L. 124). A las Hijas de la Caridad de las provincias les era imposible asistir. Y tengamos presente que desde 1646 había, al menos, un número parecido de Hermanas en las provincias que en París.

Concluimos que fue Luisa de Marillac quien modeló la espiritualidad y la vida de las Hijas de la Caridad. Hay que tener presente varios comportamientos de Luisa y de las Hermanas: Luisa fue durante muchos años la formadora de las recién venidas, de las seminaristas y la directora de la Casa. Con ella convivieron día a día, durante meses, al menos, todas las Hermanas, y una vez destinadas fuera de París, algunas le escribieron añorando la doctrina que aprendieron a su lado. Cuando salían a otras comunidades, ella seguía dirigiéndolas por medio de sus cartas. Sus cartas fueron el alimento corriente para la mayoría de las Hijas de la Caridad en su vocación de Hija de la Caridad, en la vida de comunidad y en el servicio a los pobres. Luisa de Marillac se daba cuenta de la importancia que tenían sus cartas. Pretendía, a veces demasiado optimista, que la correspondencia entre ella y sus hijas fuera semanal (L. 146) o, a lo más tardar, quincenal (A 85). En enero del año en que murió escribió a su antigua secretaria Maturina Guérin: “*Le ruego, querida hermana, que procure con gusto tener cuidado de leer mis encarecidas cartas para recibir por este medio el espíritu de Jesucristo, sin el cual todo lo que decimos o hacemos no es nada más que campanas que suenan*” (L. 650).

PREMISAS A TENER EN CUENTA

Para comprender bien el plan de formación que habían determinado los fundadores, conviene antes descubrir unas premisas sobre los quehaceres y el servicio de aquellas primeras Hijas de la Caridad.

Ya antes, pero en especial desde 1639, Luisa de Marillac sabía que las Hijas de la Caridad vivían en su persona y en el servicio tres especies de contradicciones:

- sabía que sus hijas eran mujeres de segundo orden tanto en lo social como en la Iglesia del siglo XVII, subordinadas a los hombres y en su mayoría sin personalidad jurídica, pero veía que a estas mujeres les entregaban la responsabilidad de una dirigente. Sin poder engañarse, sabía también que no tenían más cultura que la natural de la vida,

- y que su religión era popular, teñida de supersticiones, sin embargo, ella misma les encomendaba la enseñanza a las niñas y la evangelización de enfermos, muchos agonizantes respirando ya el aire de la eternidad, y otros convalecientes o esperanzados en volver a las calles de la sociedad, donde vivirían el recuerdo piadoso que les habían dejado las Hermanas.

- La tercera contradicción brotaba del hecho de que sus hijas eran muchachas consagradas a Dios que vivían los consejos evangélicos, pero, no obstante, por primera vez en la historia se veían obligadas a ir y venir por las calles, mezclándose con el pueblo y con la muchedumbre de los pobres. A estas jóvenes, como a unas voluntarias en tiempo de epidemia, o mejor, a la Compañía de estas jóvenes, les dio una mentalidad sencillísima por su brevedad: *que no desentonasen como consagradas ni como sirvientas*^{xxxiii}.

Sin técnica alguna al entrar en la Compañía, tan sólo con su entrega y buena voluntad las jóvenes recomponían la Iglesia de los pobres sin salir de la sociedad. No obstante, antes tuvieron que aprender a hacerlo: formación humana y cívica, formación en las técnicas de servicio y formación en la vida como cristianas e Hija de la Caridad. Luisa se lo planificó. Si en los comienzos la formación no era muy larga -de uno a tres meses- dirigida casi exclusivamente al dominio de ellas mismas y al desprendimiento por medio de la mortificación^{xxxiii}, pronto Luisa organizó una formación sencilla, como para mujeres de pueblo.

ORGANIZADORA DE LA FORMACIÓN

Si la señorita Le Gras no era la única superiora de donde salían las últimas decisiones o en donde se proyectaba la ideología que configuró la Compañía, tampoco se puede decir que fuera ella sola quien impusiera la *formación continua* por medio de intercambios, de charlas dadas semanalmente por ella misma, y especialmente de las conferencias de Vicente de Paúl. La formación continua formaba parte de las estructuras de la Compañía y éstas pertenecían a los dos fundadores. Fueron por igual los dos santos los que las determinaron; teniendo que admitir, por lo tanto, que el entramado de la formación de aquellas mujeres lo decidieron los dos fundadores de común acuerdo, aunque fuera ella quien lo ejecutase.

Pero, al conocer Luisa mejor que el Superior a cada una y a todas de las Hijas de la Caridad, ella intervino personalmente en la técnica y en los temas de muchas de las conferencias que les daba el Superior. Vicente estaba de acuerdo en hablar a las Hijas de la Caridad, pero el excesivo trabajo se lo retardaba y no pocas veces se lo impedía. Proponía una conferencia todos los meses o tal vez quincenal, sin embargo, Luisa pretendía que fueran semanales. Delicadamente, pero con habilidad femenina le pedía la presencia también de otro misionero y le indicaba los temas, generalmente prácticos, a poder ser de las Reglas o sobre la forma de vida.

Fue la señorita Le Gras quien ejecutó y completó personalmente en los mínimos detalles el plan que habían definido los dos santos: Fijó la formación religiosa y espiritual alrededor del catecismo, sin desechar la profundidad del catecismo de san Belarmino, ordenó el tiempo y los ejercicios de lectura, los trabajos de aguja y las técnicas de servicio, utilizando los conocimientos pedagógicos de las ursulinas, lo cual no agradaba demasiado a Vicente de Paúl. Buscó ayudas de otras personas, en especial de los misioneros paúles, aún para la confesión, cosa que tampoco agradó en demasía a san Vicente, porque quería que sus hijas fueran feligresas de las parroquias y porque tenía miedo que esa ocupación los desviara de las misiones. Conviene detenernos en la ayuda que pedía santa Luisa a los Misioneros Paúles, porque en cierto modo fue ella quien se empeñó en lograrlo, aunque ciertamente, al final de su vida también Vicente de Paúl aceptó y aprobó esta tarea para sus misioneros (VIII, 233-234, 237-239).

LOS MISIONEROS PAÚLES

La organización exige acomodar la actividad a un plan preconcebido en la mente. Naturalmente, el plan queda condenado al fracaso si, al realizarlo, no se tienen en cuenta las circunstancias que rodean la empresa. Luisa de Marillac conocía bien dos circunstancias frecuentes y desfavorables a sus hijas en el siglo XVII: la insignificante valoración que la sociedad culta hacía de sus jóvenes y la soledad en que las abandonaba la lejanía de la Casa Central. Ello podía romperlas. Aumentaba el aislamiento los pésimos transportes y los escasos correos. En su poquedad social y en la soledad sus hijas necesitaban ayuda de

sacerdotes con su mismo carisma y especializados en la evangelización de los pobres. Como una pequeña solución, Luisa introdujo en su organigrama mental las relaciones de sus hijas con los misioneros paúles e hizo sitio a los directores espirituales^{xxxiii}.

Sin tener muy en cuenta la postura de Vicente, reacio en los comienzos a distraer a los paúles de las misiones, Luisa programó relaciones primero de cortesía: saludos y agradecimientos, luego de necesidades: el Hermano panadero o enfermero, y en otras ocasiones fomentó las relaciones dando noticias de las labores de las dos Compañías y de las personas. Luisa lo consideraba un medio de animación mutua y de plegaria alentadora^{xxxiii}.

Es fácil que hoy no veamos en todo ello nada más que unas simples relaciones sociales, al estilo de entonces, sin ninguna otra intención. Pero intuimos que en la mente de Luisa todo formaba parte de un amplio plan que ocultaba, pero que con tesón llevaba adelante^{xxxiii}. Tengamos en cuenta lo que ya he indicado de la baja categoría social de las Hermanas, del significado indefenso de ser mujer, la lejanía y el aislamiento de bastantes Hijas de la Caridad. La psicología de Luisa le aseguró el sentimiento de seguridad y de apoyo que daba sentirse unida a una congregación masculina de prestigio, como lo era la Congregación de la Misión en vida de san Vicente de Paúl. Como un ejemplo tan sólo unas líneas que escribió a la señorita Le Gras el 28 de febrero de 1660 Sor Francisca Douelle, que estaba sola en Polonia, invadida por los protestantes ejércitos suecos; las cartas no le llegaban y ella confiesa que no sabía si existían todavía las Hijas de la Caridad o sólo quedaba ella, y en un momento de espontaneidad le dice: “Nada hay capaz en el mundo de darme consuelo a no ser algunas cartas que he recibido del P. Desdames”, que estaba también él aislado en Polonia (D 786).

Tres posturas o situaciones de Luisa nos inducen a pensar que en la mente de Luisa los misioneros formaban parte de un plan ordenado para la Compañía. La primera fue sentirse tranquila y desentenderse un tanto de las comunidades cercanas a una casa de misioneros, o de aquellas por donde había pasado un sacerdote paúl. Naturalmente, según esta postura de Luisa, ella misma animaba a las Hermanas a tener confianza en los misioneros y a manifestársela.

La segunda postura fue que, contra el parecer de Vicente de Paúl que deseaba alejar de San Lázaro la Casa Central de las Hijas de la Caridad, Luisa, tenaz, logró que se pusiera enfrente^{xxxiii}.

Y la tercera postura de Luisa, que nos extraña y nos resulta curiosa, y hoy día hasta inconcebible, es la anécdota de decir a las Hijas de la Caridad que el Superior de una comunidad de paúles es también el superior de las Hermanas del lugar. Y no superior figurativo como podría sugerirlo esta frase: “*Dé mis más humildes y respetuosos saludos a su señor superior*” (L. 646) (el de los paúles), sino con autoridad sobre las Hijas de la Caridad, como lo escribe en un reglamento: “*obedecerán al superior de la Misión*” (L. 134). Todo fue fruto de las distancias, de las malas comunicaciones y de las circunstancias históricas y sociales que rodeaban a las mujeres de aquel siglo, en especial a las mujeres campesinas.

Conviene detenerse a examinar estas situaciones. La Compañía era una asociación secular de mujeres consagradas sin clausura ni votos públicos, viviendo en medio del mundo. ¡Nunca se había visto cosa igual! Las mujeres que las componían entonces no habían estudiado teología, espiritualidad ni Derecho eclesial. Corrían el peligro de caer bajo la mentalidad de obispos, teólogos o juristas que no las comprendieran y quisieran hacerlas religiosas. Debido a todo ello, Luisa de Marillac pensaba salvar la naturaleza y la idiosincrasia de la nueva Compañía con la ayuda de los misioneros paúles que las comprendían y estaban bien preparados.

Es ahí donde debemos buscar la raíz de los Directores Provinciales actuales. Sin duda alguna, el Director General tuvo su origen en una sobrecarga de Vicente de Paúl, imposibilitado de dirigir a las Hijas

de la Caridad como debiera, pero el Director Provincial nació de la lejanía de algunas comunidades, especialmente de Polonia, mal comunicadas con la Casa Central para poder velar sobre ellas. Hubo de atribuirse al superior de los misioneros del lugar la autoridad suficiente para dirigir a las Hermanas y aún para destinarlas, expulsar de la Compañía o nombrar Hermana Sirviente^{xxxiii}. No se olvide la situación social y religiosa de las mujeres en el siglo XVII.

Luisa se empeñó y, en cierto modo logró, que un aspecto de la actividad de los misioneros formara parte de la organización de la Compañía. Vicente de Paúl también se convenció de la necesidad de esta idea y en febrero de 1660 explicaba al superior de Cahors que era “*su obligación, como superior de los misioneros, tener de esas Hermanas el mismo cuidado que tiene de los seminaristas y que los que las instruyen, confiesan y dirigen lo hagan según sus consejos y no independientemente de él*”.

Las Visitas realizadas por misioneros encargados oficialmente por el señor Vicente, habían sido fomentadas y emprendidas posiblemente por iniciativa de Luisa, aunque se puede afirmar con más seguridad que surgieron del diálogo entre los dos fundadores y que se afianzaron en los Consejos de las Hijas de la Caridad. Sin embargo, no puede olvidarse que cada misionero, después de pasar Visita, enviaba a Luisa un informe según los puntos que ella les había marcado^{xxxiii}.

Luisa tenía también delante de los ojos la vocación y la vida espiritual de las Hermanas cuando organizaba la cofradía. De acuerdo con esta visión logró que la Compañía y la Congregación aceptaran su mentalidad sobre la confesión y la dirección de las Hijas de la Caridad. El siglo XVII era rígido con la jurisdicción. El párroco era el confesor nato de sus feligreses y el Superior de la Congregación lo era de sus miembros. Para confesarse con otro sacerdote necesitaban *la cédula de confesión* o que el sacerdote estuviera autorizado. Vicente de Paúl, el superior de las Hijas de la Caridad, que les decía que “*eran personas de la parroquia bajo la dirección de los párrocos*” (VIII, 237-238) las prohibía confesarse, sin su permiso, con sacerdotes, distintos de los nombrados para que no se las desviara de su carisma^{xxxiii}.

Luisa de Marillac estaba de acuerdo con esta arcaica doctrina, sin embargo logró, a veces con aparente oposición de Vicente de Paúl, que los misioneros entrasen a formar parte del plan de dirección y confesión a las Hijas de la Caridad que ella había rumiado en su mente hasta en los menores detalles: si no convenía que los paúles fueran confesores de una manera ordinaria, podrían serlo en ocasiones extraordinarias; y aún convenía que fueran confesores ordinarios, cuando, en la lejanía, una comunidad de misioneros estaba cerca de otra comunidad de Hijas de la Caridad. Luisa aconsejaba confesarse con los sacerdotes de la Misión siempre que la Hermana tenía un problema espiritual o vocacional y cuando la comunidad era reciente, había una situación delicada o el ambiente social era específico, como en tiempo de la Fronda^{xxxiii}.

Aunque a Vicente de Paúl no le agradaba emplear a los misioneros como confesores de las Hijas de la Caridad -por supuesto rechazaba rotundamente que lo fueran de las religiosas-, asumió contra el parecer de muchos cohermanos que la dirección espiritual de la Compañía era una obra confiada a la Congregación de la Misión, sin que ello indicara que cualquier misionero, sólo por el hecho de serlo, fuera ya director espiritual de las Hijas de la Caridad (VIII, 237ss; XII, 86-87).

Igualmente tenemos que admitir que los directores espirituales de algunas comunidades fueron creación de los dos santos, o mejor, contagio de la costumbre existente en las congregaciones religiosas femeninas; pero al contemplar la figura del Abad Vaux y Ratier en el hospital de Angers o de Jonchères en el de Nantes, concluimos que fue Luisa prácticamente quien los organizó, a través de un diálogo o de la correspondencia, en aspectos de la dirección, en la autoridad que les otorgaba y en la manera de ejercerla. Siempre, cosa curiosa, subordinada a los paúles que pasaban Visita oficial. No se olvide que estos directores escribían a Luisa sobre el estado de la Comunidad tanto o más que a Vicente de Paúl^{xxxiii}.

ACOMPAÑANTE ESPIRITUAL

La señorita Le Gras procuraba que las Hijas de la Caridad vivieran la espiritualidad que marcaba el superior Vicente, con la que ella se identificaba año tras año. Luisa de Marillac asumió la función de marcar el camino práctico de vivir la doctrina vicenciana, y no era raro que les dijese a las Hermanas: *“El parecer del señor Vicente es que obremos sencillamente, y ya sabe usted cómo debemos respetarle a él y a sus órdenes”* (L. 208). Es decir, las acompañaba espiritualmente más como le gustaba a Vicente de Paúl que como pensaba ella, más al modo de San Francisco de Sales que al de Bérulle, y de aquel prefería para sus hijas la *Introducción a la Vida Devota* más que el *Tratado del Amor de Dios*, aunque jamás pudo prescindir de su espiritualidad nórdica que insinuó delicadamente a algunas Hermanas a las que veía avanzar en la oración.

Luisa de Marillac bien sabía que la espiritualidad de las Hijas de la Caridad se alimentaba, se vivía y se desarrollaba dentro del servicio; más aún, se identificaba con el servicio a los necesitados de bienes materiales. De ahí que las animara a entregarse a los pobres con un servicio material y espiritual, y recalaba el servicio espiritual por lo fácil que es olvidarlo. Ante el servicio de los pobres todo se pospone, hasta la observancia de las mismas Reglas. El servicio de las Hijas de la Caridad implica y exige cariño, delicadeza, dulzura y especialmente aguante, tolerancia (L. 104 bis). En cada carta escribía nuevos adjetivos.

Aunque Luisa aparece volcada al exterior: administración y dirección, escribiendo miles de cartas, visitando personas y ocupándose de los más diversos problemas y detalles de la Compañía, de las comunidades, de las Hermanas y de los pobres, ella “se sentía muy contenta cuando podía servir a los pobres... y consideraba como hecho por ella misma el servicio que se les hacía”^{xxxiii}. Es decir, aunque ella no estaba físicamente en medio de los necesitados, inculcaba a sus hijas lo que había aprendido de su Director, el señor Vicente: que los pobres eran los miembros dolientes de Jesucristo y quería que sus hijas se revistieran de tal manera del Espíritu de Jesucristo que, cuando los sirvieran, los pobres vieran en ellas al mismo Jesucristo^{xxxiii}.

A todas las Hijas de la Caridad, sirvientas de los pobres, les repetía una y mil veces que su espiritualidad se resumía en el seguimiento de Jesucristo, vaciándose de ellas mismas por medio de la mortificación y revistiéndose de su Espíritu para cumplir fielmente la voluntad de Dios.

Les hablaba de prácticas piadosas y virtudes, de retiros, de Ejercicios Espirituales; les proponía una espiritualidad de los votos, del carácter, de los cargos, de los destinos y, sobre todo, del sufrimiento, haciéndolas ver la necesidad de mortificar los sentidos, las pasiones, el juicio y la voluntad; es decir, les insistía en el desprendimiento de las criaturas para poder llevar una vida austera y sencilla en la obediencia. Les recordaba el respeto a los sacerdotes, administradores, confesores y Damas de la Caridad. Quería que ambicionasen la santidad, y el mejor medio para santificarse era la observancia de las Reglas.

Para servirlos como a sus señores tenían que vivir en paz interior y en unión alegre. El mayor esfuerzo y las energías más tenaces las empleó en lograr la unión y la alegría en las comunidades. Toda la animación de la Hermana Sirvienta debía dirigirse a buscar una convivencia en unión y en alegría.

Sor Maturina Guérin, que había sido su secretaria de 1652 a 1659, nos ha dejado unas líneas inolvidables: *“Cuando tuve la dicha de escribir sus cartas, no remarcaba sus preciosas enseñanzas; pero ahora admiro con qué singularidad las daba: a unas las inculcaba la observancia de las Reglas, a otra, el temor y a aquella, el puro amor de Dios; y así a las demás”* (D 822, p. 952).

Sí, también el Puro Amor; y es que en los últimos años de su vida veía cómo aquellas antiguas aldeanas avanzaban firmes en la vida de Dios. Algunas sentían la contemplación a la que les animaba el mismo Vicente de Paúl^{xxxiii}; varias tenían un espíritu cultivado y una espiritualidad profunda, como las hermanas Angiboust, Margarita Chétif, Francisca Carcireux, Ana Hardemont, Nicolasa Haran, Maturina Guérin, etc. y las animaba a una vida en Dios sublime, de unión íntima, de abandono en El, de desprendimiento total y de anonadamiento. Las empujaba a buscar el puro amor. No se olvide que las pocas páginas del escrito *Práctica del Puro Amor* (A 27) se las dedicó a todas las Hijas de la Caridad^{xxxiii}.

Padre Benito MARTÍNEZ, cm

Notas

^{xxxiii} Son infinitas las veces que lo propone santa Luisa. Pongo tan sólo un ejemplo: “Así es como tenemos que ser, personas que edifiquen a la gente, y no personas que sólo llevan el nombre y el hábito de Hijas de la Caridad, sin hacer nada, a no ser las obras” (L. 623)

^{xxxiii} ABELLY, L. I., c. XXIV, pp. 114-115; SV. I, 277-278

^{xxxiii} SL. L.547, 136, 335, 341,368; A 61

^{xxxiii} SL. L. 214 bis, 179, 182, 202, 228 261, 10...

^{xxxiii} SL. L. 88, 446, 607, 629...

^{xxxiii} SL. L. 182, 204, 300, 319, 460, 646; A (L) 131, 134.

^{xxxiii} SV. VII, 161, 401, D. 377, 699 bis, 779

^{xxxiii} SL. D 377, 379, 383, 471, 525, 553, 571, 699 bis, 779...

^{xxxiii} SV. VIII, 237 ss; Conf. 9-6-1658, 16-3-1659, 11- 8-1659.

^{xxxiii} SL. L.277 bis, 133, 261, 385, 375, 528.

^{xxxiii} SL. D. 432, 496, 507, 724, y toda la correspondencia con el Abad de Vaux

^{xxxiii} SV. Conferencia de 3 de julio de 1660

^{xxxiii} A 26, p. 809, 810

^{xxxiii} SV. Conferencia de 31 de mayo de 1648

^{xxxiii} SL. L. 426, 405, 377, 448, 489 bis, 546, 519, 642